This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 2044 103 162 533

68
86

68
86

68
86

Los Sitios de Zaragoza

ante el Derecho internacional

3985 / 68/86

BIBLIOTECA DE "ESPERANZAS"

Los Sitios de Zaragoza ante el Derecho internacional

POR

D. Miguel Allué Salvador

Licenciado en Filosofía y Letras (Sección de Ciencias Históricas)

Con varios fotograbados
y un plano de la ciudad en aquella época

ZARAGOZA
Tip. de Manuel Sevilla, Coso, núm. 61
—
1908

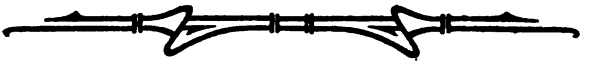
Al Sr. Dr. D. Luis Mendizábal y Martín, Catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza.

Sus entusiasmos por la enseñanza y el verdadero cariño con que siempre ha distinguido á sus discípulos, iniciaron la idea de esta publicación á raíz de la Conferencia que el 25 de Enero del año corriente tuve el honor de pronunciar en la Sección de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Academia de San Luis, sobre «Los Sitios de Zaragoza ante el Derecho Internacional».

Completado aquél estudio con algunas investigaciones posteriores, sedme permitido dedicar á usted este modesto trabajo en prueba de consideración respetuosa y afecto muy sincero.

Zaragoza, Abril 1908.

Miguel Allué Salvador.



PRÓLOGO

Con ocasión del primer centenario de los gloriosos Sitios de Zaragoza, resulta indudablemente de actualidad presentar, siquiera sea con la modestia proporcional á mis intentos, un punto de vista nuevo desde el cual puede muy bien considerarse la gran epopeya del siglo XIX.

«Los Sitios de Zaragoza ante el Derecho internacional».

No pretendo analizar aquí, con el detenimiento que efectivamente se merecen, todos los episodios dignos de mención que ocurrieron durante los Sitios. Sería esta labor inter-

minable y me propongo ser breve. Por eso me fijaré principalmente en aquellos episodios de mayor relieve desde el punto de vista del Derecho internacional.

Por otra parte, como los dos Sitios de Zaragoza presentan fisonomía distinta y en ocasiones hasta opuesta, convendrá estudiarlos separadamente para mayor claridad.

La defensa de Zaragoza durante el primer sitio fue marcadamente popular. En cambio el segundo sitio, debe ser considerado como un sitio principalmente militar.

Finalmente, aun cuando el aspecto jurídico internacional ha de ser el fundamental en este estudio, esto no obsta para que en él se dé cabida á la narración sucinta de las hazañas más memorables realizadas por los zaragozanos; con lo cual se armonizará en cuanto sea posible el carácter crítico-internacional y el histórico-popular.

PRIMER SITIO

(Junio-Agosto 1808)

I. Ideas preliminares

Al comenzar el siglo XIX, había estallado en Francia el volcán revolucionario con ímpetu formidable.

Entre los muchos personajes que repentinamente se alzaron en medio de aquél caos, destácase sobremanera el genio de Napoleón.

El coloso de la Francia era un hombre extraordinario. De baja estatura (más de lo que ordinariamente se cree; tanto es así que según se dice se presentaba siempre á caballo delante de sus ejércitos para que lo grotesco de su figura no pudiera provocar la

risa de sus soldados), de complexión fuerte y rolliza, la mano derecha metida casi siempre bajo el peto de su uniforme, aquél hombre singular era una mezcla de romanticismo y positivismo, de ambición con ciertas dosis de desinterés en ocasiones, todo ello encerrado en un alma soñadora que proyectaba cual realidades inmediatas las utopias más exageradas. Porque utopia y no otra cosa podía ser en pleno siglo XIX, el siglo que había de presenciar el robustecimiento de las nacionalidades, pretender emular las conquistas de Alejandro, los triunfos de Julio Cèsar, las glorias de Carlo Magno.

El genio de las batallas había sonreído triunfante, allá, en las campiñas de Italia; su metralla barrió también las llanuras de la Rusia; en una palabra, los ejércitos de Napoleón se paseaban triunfalmente por Europa.

Tratábase por el momento de dominar à España. Y en efecto, las tropas de Napoleón habían invadido la Península; pero el día 2 de Mayo del año 1808 habían recibido ya del pueblo de Madrid una de las muchas lecciones que habían de recibir de la fiereza y bravura iberas.

El grito de agonía que lanzó Madrid repercutió en Zaragoza.

El general Lefèbre avanzaba ya sobre nuestra ciudad al frente de un respetable cuerpo de ejército.

II. Opinión que los franceses tenían de Zaragoza

Consideraba Lefèbre la toma de Zaragoza como cosa sencillísima; la daba ya por descontada.

El Conde de La Forest, embajador entonces de Francia en España, así se lo comunicaba al Emperador en carta de 16 de Junio de 1808, que cuidadosamente acotada he podido consultar.

El documento, en su parte más saliente, dice así:

Madrid 16 de Junio de 1808.

«Ligera indisposición me impidió escribir ayer á Vuestra Excelencia. Por otra parte nada nuevo de interés podía comunicaros.

. . . . . .

Pronto sabremos que Zaragoza ha sido tomada.

. . . . . .

Los campesinos insurreccionados no tie-

nen partido y como llega la época de la recolección de las cosechas, los trabajos del campo calmarán seguramente sus ímpetus revolucionarios». (1)

Así se expresaba el embajador francés que ignoraba el descalabro que veinticuatro horas antes sufrían los franceses á las puertas de Zaragoza.

Tan arraigada estaba la creencia en la indefensión de la ciudad que cuando el general Lefèbre tuvo noticia de que el paisanaje aragonés se aprestaba á la defensa, refiere un respetable cronista de aquella época, que el general francés un tanto contrariado exclamó: «yo entraré en Zaragoza á pesar de los treinta mil idiotas que puedan hacerme frente». (2)

Sean exactas ó inexactas precisamente esas palabras (desconfío algo de los historiadores de antigua cepa), es lo cierto que en el fondo de las mismas late una gran verdad; es indudable que la actitud de los franceses

---

(1) Correspondence du Comte de La Forest ambassadeur de France en Espagne (1808-1813) par Geoffroy de Grandmaisón. Tomo I, carta n.º 26, pág. 87.

(2) Alcaide; Historia de los dos Sitios; tomo I, capítulo VII, pág. 83.

era de gran menosprecio para los zaragozanos. Y siendo esto así, he ahí la cortesía, he ahí la consideración internacional para el enemigo que demuestra la actitud del ejército francés mandado por Lefèbre. Solo que á este satélite del gran coloso le ocurrió lo contrario que á nuestro Hidalgo Manchego; se figuró que iba á luchar con unos cuantos molinos de viento y se encontró con tantos y tan desaforados gigantes cuantos eran los habitantes de Zaragoza.

III. Carácter internacional del ejército sitiador

Propiamente no se puede afirmar que los ejércitos de Napoleón eran ejércitos franceses.

En aquella época no tenían los ejércitos el carácter nacional que hoy los distingue.

Las fuerzas militares de casi todos los Estados se formaban con gentes de muy varia procedencia; y esto es lo que sucedía en los ejércitos napoleónicos, en los cuales había soldados de muy diversas nacionalidades.

Refiriéndonos únicamente al ejército sitiador, la generalidad de los cronistas dicen que estaba formado por tres divisiones con abundante caballería y algunas piezas de artillería.

Napoleón entendía que en comarca tan llana y abierta como la región del Ebro, podía jugar la caballería papel importantísimo; por eso reforzó con gran número de jinetes el ejército de Lefèbre; y efectivamente, en campo abierto, las tropas francesas, sin tener que hacer grandes esfuerzos arrollaron siempre á los aragoneses cuya virtud única estaba en el derroche de valor individual.

Los combates de Tudela, de Mallén, de Alagón y del Puente de la Muela, demuéstranlo cumplidamente.

Pero las circunstancias variaron mucho cuando los franceses se vieron obligados á formalizar el sitio. Las calles y las plazuelas interrumpidas con barricadas imposibilitaban completamente el empleo eficaz de la caballería. El general Lefèbre pidió refuerzos y sobre todo artillería de sitio. El emperador atendió á su ruego inmediatamente. El día 26 de Junio, esto es, á los once días de haberse presentado los franceses ante Zaragoza, llegó el general Verdier con su división y

como general más antiguo tomó el mando. (1)

En total sumaban las fuerzas sitiadoras unos 14.000 hombres. (2)

Pero vengamos á lo interesante; y en la imposibilidad de estudiar aquí detalladamente las condiciones del ejército sitiador, me limitaré á decir que el ejército francés era un ejército aguerrido, curtido en cien batallas, uniformado, con disciplina; en una palabra, era un ejército que merecía la consideración internacional de los llamados ejércitos *regulares*.

---

(1) Jean Antoine Verdier; sentó plaza en el regimiento de La Fère (1785), fué ayudante de campo del general Augerau (1792), general de brigada en Castiglione (1795), general de división en el sitio del Cairo (1800). Hizo las campañas de Austerlitz, España y Rusia. Gran Cruz de la Legión de Honor; Conde del Imperio (1808), Par durante los *Cien días*.

(2) Carta de Napoleón al Mariscal Bezières el 25 de Junio de 1808.—13.000 según consta en las Memorias del Rey José, tomo IV, correspondencia, pág. 363.—10.500 según Belmás.

IV. Carácter internacional de las fuerzas sitiadas

Nada más gráfico para mostrar el carácter internacional de las fuerzas sitiadas, que la reproducción del documento que firma don José Obispo, precisamente el mismo día en que los franceses recibieron la orden definitiva de retirarse.

Dice así:

Guardias españolas	470
Batallón Fernando VII . . .	808
Regimiento Extremadura . .	925
Voluntarios de Aragón . . .	1.709
Fusileros de Aragón	588
Reserva del General	379
Batallones ligeros de Zaragoza.	1.217
Voluntarios aragoneses . . .	2.680
Tercio de Torres	327
Tercio de Barbastro	1.112
Tercio de Huesca	1.865
Extranjeros suizos	84
Cazadores portugueses. . . .	62
Extranjeros de Casamayor . .	90
Miqueletes de Lérida	200
Compañías de Monzón . . .	156
Idem de Cerezo.	298

Idem de San Pablo.	154
Idem de Tauste.	106
Lanceros de La Almunia. . .	109
Compañía de Benabén . . .	36

TOTAL. . . 13.275 hombres.

«Cuartel general de Zaragoza, 13 de Agosto de 1808.—*José Obispo.*»

A la vista del anterior documento pocas explicaciones son necesarias para comprender la calidad del ejército sitiado.

Los voluntarios de Aragón formaban dos batallones. En cambio los llamados voluntarios aragoneses formaban cinco Tercios.

Los denominados batallones ligeros de Zaragoza eran dos, con la particular circunstancia de llevar fusiles solamente la cuarta parte de sus soldados; los demás se empleaban en obras de defensa.

Pero el dato más interesante á nuestro estudio, resulta de la existencia en Zaragoza de varias compañías de soldados extranjeros, lo cual ratifica una vez más la composición internacional de los ejércitos de entonces.

Los extranjeros que formaban la compañía de Casamayor, los soldados suizos y los cazadores portugueses, no desmerecían en punto á valentía comparados con los españoles.

Claro está que al extranjero no podía animar nunca la llama del patriotismo español, pero el fuego del heroismo se contagiaba en el corazón de todos los defensores, produciendo el resplandor de tantos hechos gloriosos. El ardor de aquella lucha hacía á todos iguales ante el peligro. Extranjeros y españoles eran ante todo y sobre todo defensores de Zaragoza.

Ahora bien; es de interés estudiar la complejidad característica en las fuerzas de que disponían los sitiados.

Fijémonos únicamente en dos grandes grupos; las tropas regulares y el paisanaje armado.

Las tropas regulares sumaban próximamente unos cuatro mil hombres, cifra extraordinariamente exigua si se compara con los 55.000 habitantes que tenía entonces Zaragoza. (1)

---

(1) Del estado del Ejército de Zaragoza en Julio de 1808, tal como lo ha conservado Palafox, resulta que el número de combatientes se elevaba á 8.070 hombres, de los cuales poco más de 1.000 eran soldados reunidos por la deserción y el azar; 3.500 paisanos alistados en compañías sueltas; 2.000 eran vecinos organizados para reserva y ¡antecedente singularísimo! había 1.500 hombres armados con chuzos, cuya misión consistía en reemplazar á los muertos, tomando sus armas y ocupando su puesto en el combate.

Pero separadamente de las tropas regulares, millares de campesinos invadían animados y fogosos las calles de Zaragoza; extraños los unos á los otros, pero unidos todos por una idea común: la defensa de la ciudad.

Era necesario reunirse; ¿cómo hacerlo? de cualquier manera. Se reunieron los padres, los vecinos, los amigos; al menos así se conocerían mútuamente; cada compañía designó su capitán, y una vez que la armería abasteció en cuanto fué posible á todos estos soldados improvisados, he aquí que Zaragoza pareció de repente un campamento. (1)

Respecto de las fuerzas militares que guarnecían á Zaragoza no cabe duda; eran tropas *regulares*. Pero el paisanaje armado ¿podía considerarse también como ejército *regular*?

Con razón se ha dicho que el espíritu militar no se adquiere poniendo sobre el gorro una escarapela; mas hay que tener en cuenta primeramente que oficiales del ejército instruyeron militarmente á los paisanos, claro es que con la brevedad que las circunstancias requerían; unos diecinueve días se calcula

---

(1) Discurso leído en la Academia de Ciencias morales y políticas de París, por Geoffroy de Grandmaisón, acerca del tema «Los Sitios de Zaragoza», 1901.

que duró la instrucción militar del paisanaje. Además, ¿vamos á considerar á los paisanos de Zaragoza lo mismo que si fueran cuadrillas de bandoleros, sólo porque usaran armas para resistir al enemigo?

¿Vamos á tratarlos como si fueran *asesinos*? Así llamaba Murat al pueblo del 2 de Mayo. (1)

¿Vamos á negarles hasta la simple condición internacional de beligerantes por el hecho natural de defender su ciudad, sus familias, sus propios hogares?

Bien claramente se ve que eso sería un absurdo. El Instituto de Derecho internacional ratificó modernamente esta doctrina al reconocer que el levantamiento en masa de una población contra un invasor extranjero concede á los que empuñan las armas el carácter de beligerantes.

---

(1) El general Murat en el bando que dió en Madrid el día 2 de Mayo de 1808 para sujetar á los Consejos de guerra ó Comisiones militares francesas á los patriotas alzados contra los franceses, decía: «Soldados: la población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el *asesinato*. Sé que los buenos españoles protestan de estos desórdenes. Pero la sangre francesa ha sido derramada y clama venganza». (Historia de España, continuación de la de Mariana, por E. Chao; tomo V pág. 135.)

En este caso se encontraba Zaragoza. Las compañías de paisanos y las patrullas de baturros podían medir sus fuerzas digna y honrosamente con los ejércitos más poderosos del mundo.

Presos por suponérseles afrancesados el general Guillelmi y el segundo Mori, se puso al frente de soldados y paisanos D. José Rebolledo de Palafox y Melci.

Tenía Palafox á la sazón 28 años. Brigadier de los ejércitos reales, caballero de Calatrava, hombre de apuesta figura, simpático en su trato, rodeado del prestigio que le había conquistado su severa conducta, allá, en la corte de María Luisa, reunía todas las condiciones necesarias para disfrutar del favor popular que no le faltó nunca en su peligrosa empresa. Nombrado por las Cortes generales del Reino, Capitán general de Aragón, tomó á su cargo la defensa, auxiliado por una Junta de seis individuos que le ayudó eficazmente, sin embarazar su acción.

Un hombre de singular mérito, el intendente Calvo de Rosas, fué encargado de toda la parte de administración civil. Un antiguo maestro de Palafox, el P. Boggiero, italiano de origen pero educado en Zaragoza, le auxilió con sus consejos, y como figuras de ex-

traordinario relieve allá estaban Sangenis, ingeniero militar, siempre en los sitios de mayor peligro; el coronel Renovales tan inteligente como decidido; el tío Jorge, encarnación popular del verdadero tipo aragonés; el presbítero D. Santiago Sas, siempre con la espada puesta sobre la sotana; y para qué seguir, «fueron tantos, que su misma muchedumbre ha perjudicado la perpetuación de su memoria. (1)

V. Situación de la ciudad á los efectos del Derecho de guerra

Ha pasado un siglo. A la vista de la actual urbe no es fácil darse cuenta de lo que era Zaragoza en 1808, borradas hoy por las nuevas construcciones, las líneas del antiguo recinto donde sucedieron tantos hechos memorables. Pero las líneas fundamentales de la topografía de Zaragoza subsisten aún inalterables.

---

(1) El Conde de Toreno: Historia de la Revolución; libro V.

Al norte la ciñe el río Ebro; la línea del cauce es la base en que apoya sus casas la ciudad, extendiéndose hacia el sur en el llano á modo de semicírculo. A la izquierda de esta curva se eleva aún el castillo de la Aljafería; á la derecha el exconvento de San José, punto avanzado de resistencia; y en el centro un ángulo saliente formado por la Puerta del Portillo, Puerta del Carmen y el convento de Santa Engracia.

Ni el castillo de la Aljafería, ni el convento de San José, podían considerarse como fortalezas con medios de defensa contra un ataque regular; pero hacían su papel para detener con sus moles un golpe imprevisto.

Unos débiles muros separan aún el interior de la ciudad, de la llanura denominada *Campo Sepulcro*.

Al sudeste, entre Santa Engracia y San José se desliza para ir á desaguar en el Ebro, *el Huerva*, un riachuelo cuyas orillas escarpadas presentan natural barrera antes de poder asaltar la ciudad. Y por Oriente en la dirección de Cataluña, otro afluente: el *Gállego* viene á confundirse también con el río Ebro.

El *Puente de Piedra* unía á Zaragoza con el Arrabal lo mismo que en la actualidad.

En el exterior de la ciudad no faltaban pun-

tos de defensa, como los conventos de Trinitarios y Agustinos, pero nadie había pensado en utilizarlos convenientemente, ni en aquellos momentos de precipitación febril pudo hacerse. (1)

Respecto del interior bastará decir que soldados y paisanos incomunicaban las calles con barricadas; perforaban aquellos edificios que les parecía conveniente, llevaban á brazo las pesadas piezas hasta los muros; y para defensa de las baterías hasta arrancaban los cortinones de las casas para hacer con su tela sacos que rellenos de arena sirvieran de espaldones.

Los hombres hacían la guardia; las mujeres y los niños iban á buscar los víveres; en los templos los sacerdotes multiplicaban sus oraciones, y allá en la plaza de Santo Domingo acampaban las compañías de paisanos para ejercitarse en el manejo de las armas.

Pero vengamos al Derecho internacional. Y desde este punto de vista distinguen los au-

(1) Esta descripción de la ciudad, lo mismo que las operaciones militares de los ejércitos sitiador y sitiado, se puede comprobar y ampliar gráficamente examinando el «Plano de Zaragoza, de sus arrabales y de las obras ofensivas y defensivas realizadas durante los Sitios», que vá adjunto al final de esta obra.

tores dos clases de ciudades: plazas fuertes y ciudades abiertas, según que estén ó no protegidas por fortificaciones y puedan servir ó no de base al ejército enemigo para las operaciones ofensivas ó defensivas. (1)

¿De cuál de estas dos clases era Zaragoza? Es cierto que en algunos puntos había (y aún se conservan restos) ligeros muros que limitaban su radio, pero fácilmente se comprende que esto es insuficiente para considerar á Zaragoza como una plaza fuerte; claramente se ve que esto no es bastante para comparar á nuestra ciudad con tantas otras ciudades fuertemente amuralladas.

Zaragoza era una ciudad indefensa. Sus mismos enemigos así lo reconocían y esto es precisamente lo que les producía mayor aturdimiento y confusión. Ellos, que venían recorriendo triunfalmente toda Europa; ellos que habían asaltado tantas y tan fuertes murallas, se veían ahora detenidos, mejor dicho, derrotados ante una ciudad militarmente indefensa.

Ahora bien, toda población abierta, puede

---

(1) Esta división fué ratificada por el Instituto de Derecho internacional.—Reglamento acerca de las leyes de la guerra (1880), art. 132.

convertirse en plaza fuerte, á los efectos de las leyes de la guerra, desde el momento en que se construyen fortificaciones por los habitantes, aunque no sean de carácter permanente. (1)

En esa situación se encontraba Zaragoza. Era una ciudad abierta en la cual se habían ejecutado algunas obras defensivas de carácter transitorio.

VI. La batalla de las Eras

Victoriosos los franceses en Tudela, Mallén y Alagón, el general Lefèbre, ya sin obstáculos se presentó delante de Zaragoza al amanecer del día 15 de Junio de 1808.

Hallábase la población en estado de terrible efervescencia. Los paisanos derrotados habían traído á la ciudad el tumulto y el desorden.

---

(1) Este es el criterio de la generalidad de los autores. Sin embargo, sentó opinión contraria el Reglamento para el servicio de campaña del ejército español en su artículo 936 (Ley de 5 de Enero de 1882).

Vencida la resistencia de los defensores en el puente de la Muela y después en Casa Blanca, eran ya las dos de la tarde cuando el general Lefèbre pudo inspeccionar la situación de la plaza; y al verla, formó su tropa en tres columnas é inmediatamente las lanzó á la carrera sobre la ciudad.

La línea de ataque y correlativamente la línea de las defensas se puede imaginar perfectamente; se extendía frente á las puertas de Santa *Engracia*, el *Carmen* y el *Portillo*.

Y al llegar á este punto no es posible referir tanta proeza. El fuego era horroroso y sin embargo de todas partes surgían zaragozanos ansiosos de combatir que faltos de espacio en el recinto de las puertas se extienden por el campo, y amparándose en las piedras, en los árboles, en cualquier parte, asaltan primero los flancos y paralizan después el movimiento de las columnas francesas. Al caer la tarde la victoria era nuestra. Había en el campo 700 franceses muertos y los zaragozanos tenían también sus 300 bajas. Era imposible avanzar; había que formalizar el sitio.

Tal fué la batalla denominada de las Eras, por las muchas que había en el sitio que fué campo de batalla; primer ataque del ejército

francés á los muros de Zaragoza, que decidió quizá de la suerte del primer Sitio, porque los zaragozanos, victoriosos en condiciones tan desiguales, aprendiéron hasta qué punto el denuedo personal y el patriotismo podían detener á las tropas, hasta entonces invencibles, de Napoleón.

Terminado el combate se publicó un bando del cual entresacamos los párrafos siguientes: «Aragoneses: Habéis sido testigos oculares de nuestros triunfos y de la derrota completa de los ejércitos franceses que osaron atacar esta capital. Considerable número de muertos y heridos, treinta *prisioneros* y muchos *desertores* que se han pasado á nuestras banderas son el fruto de su temeridad. (1)

. . . . . .

Continuad, valerosos aragoneses, con el ardor y noble espíritu de que estáis animados».

Tanta transcendencia tuvo la batalla de las Eras para la defensa de Zaragoza, que muchos la consideran como el esfuerzo más importante y decisivo del primer sitio.

---

(1) Para unificar en lo posible las diferentes materias dentro del método cronológico, estudiaremos más adelante lo referente á prisioneros y desertores.

VII. Conducta que siguieron los franceses con los edificios religiosos

Los zaragozanos, ebrios de gozo por tan inesperada victoria, se entregaron al júbilo y á la algazara.

En medio del silencio de la noche se oía á través de las arboledas el alegre cantar de los españoles.

Mientras tanto, el ejército francés se retiraba ordenadamente fuera del alcance de nuestros cañones, al monte próximo de Santa Bárbara, cercano también al monasterio de Santa Fe, donde consta positivamente que cometieron, para procurarse víveres, toda clase de tropelías y sacrilegios.

Aquel refugio solitario de piedad fué brutalmente saqueado por la desenfrenada soldadesca que buscaba en el sacrílego botín un remedio pasajero al escozor de su derrota. ¡Estas eran las huestes que se titulaban de la Majestad católica de Napoleón!

Se puede explicar en cierto modo, que los franceses atacaran las iglesias y conventos elegidos como puntos de defensa, convertidos en verdaderos castillos que vomitaban por todas partes horroroso fuego de fusilería; pero aquellos edificios religiosos separados del teatro de la lucha, indiferentes á la contienda, es absurdo suponer que puedan considerarse justamente como pasto de guerreros hambrientos.

Sería labor prolija determinar cuidadosamente todo cuanto hicieron los franceses con los edificios religiosos. Por eso ceñiré mi narración á lo más interesante.

Si perdieron las Comunidades cantidad considerable de bienes, se debió en gran parte á que fueron demasiado confiadas. Creyeron que los franceses solo podían entrar por las puertas, defendidas con indecible tesón por los zaragozanos y no quisieron retirar de los conventos los tesoros y objetos preciosos que poseían.

Así se explica que los Carmelitas calzados se apercibieran de que los franceses entraban en el convento, encontrándose los monjes en el refectorio. Al momento se dieron á huir; el edificio fué saqueado y su importantísima biblioteca quemada por los franceses.

Las religiosas de Santa Rosa, excepción hecha de la madre superiora que logró escapar, las demás quedaron prisioneras; el convento fué robado por los asaltantes que lo incendiaron después en gran parte.

Las MM. Capuchinas lograron salvarse gracias al coronel Larripa que les advirtió el inminente peligro en que estaban; efectivamente, poco después quedaba el edificio en poder de los franceses.

Los Jerónimos, viéndose también amenazados, se fueron con tiempo; solamente quedaron allí algunos legos que permanecieron después en las inmediaciones del convento hasta ver el resultado final de aquel asalto; el monasterio depósito de los huesos de nuestros innumerables mártires corrió la misma suerte que tantos otros: fué profanado y volado por el ejército francés.

El convento de San Francisco sufrió mucho por que tanto en el asalto como en la retirada fué siempre un gran punto de apoyo para los movimientos del ejército enemigo.

Las monjas de Jerusalén y las de Santa Catalina, por la terquedad de sus respectivos Provinciales, en muy poco estuvo que no fueron todas prisioneras; algunas de ellas fueron asesinadas; y los edificios que ocupaban sa-

queados y en gran parte incendiados por las huestes invasoras.

Los conventos de la Encarnación y de Santa Inés también sufrieron grandes destrozos, efecto del bombardeo del ejército francés. Los de Capuchinos y Trinitarios quedaron enteramente deshechos. Y el de Agustinos del Portillo también quedó bastante deteriorado. (1)

El convento de San José objeto de repetidos asaltos por parte de sitiadores y sitiados sufrió muchísimo.

Además téngase en cuenta que varios de los edificios religiosos enumerados fueron impunemente arrasados, después de haber sido objeto de toda clase de profanaciones.

La Religión pudo ser el principal vínculo internacional entre los dos bandos beligerantes. Pero á la vista de los desmanes cometidos por el ejército francés, el espíritu religioso de los zaragozanos, herido en lo más profundo, todavía inflamó más el odio contra el francés y el ansia de luchar por la independencia.

---

(1) Manuscrito de D. Ramón Cadena sobre «Los Sitios de Zaragoza».

VIII. Intimación del general Lefébre

Después de la batalla de las Eras, el general Lefèbre figurándose que las personas ilustradas y de alguna autoridad darían oídos á sus insinuaciones y reconocerían que el oponerse al poder de Napoleón era un delirio, determinó dirigirles una carta invitándoles á capitular. Pero como el conductor había de pedir permiso á los paisanos de las avanzadas para entrar en Zaragoza, suponiéndolos ignorantes de las leyes de la guerra, temió que si enviaba algún parlamentario estaba expuesto á que sin ver la carta le diesen la respuesta. Por eso, comisionó á uno de los soldados españoles que había caído prisionero para que desempeñara la misión, lo cual se repite después en varias ocasiones.

El general Lefèbre seguía firme en su opinión de no reconocer á los defensores personalidad internacional. No es ésta la primera vez que los franceses insultan al honor de Zaragoza; mas ¿para qué hacer comentarios? ¡Tan grande fué su altivez como tremenda fué su derrota!

Adviértase, no obstante, que las leyes de la guerra serían para los sitiados más ó menos conocidas, pero el sentido práctico, el criterio jurídico que ha caracterizado al pueblo aragonés en todos los periodos de su historia suplía sobradamente la relativa ignorancia de las prácticas internacionales.

Es el caso que Palafox no se hallaba en Zaragoza. Había salido sigilosamente la noche anterior, no diré yo por indecisión de su voluntad; como militar no creyó posible defender á Zaragoza; aleccionado por los combates anteriores á la batalla de las Eras, comprendia cuánto vale la disciplina y la táctica en el arte de la guerra, para aventurar la suerte entera de Aragon en los muros de Zaragoza.

Cuando llegó el ayudante que le llevaba el parte de la batalla, él y su Estado Mayor creyeron recibir el de la rendición de Zaragoza. Su sorpresa fué igual á su alegría. Al momento envió á Zaragoza al Marqués de Lazán para que se hiciera cargo del mando y organizase la defensa.

Al mismo tiempo contestó á la carta de Lefèbre. En su admirable respuesta se puede leer lo siguiente:

«Zaragoza, en mi cuartel general, 18 de

Junio de 1808.—Excmo. Sr.—Mi espada guarda las puertas de la ciudad y mi honor responde de su seguridad. No deben tomarse, pues, tanto trabajo esas tropas que aun estarán cansadas de los días 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños.

. . . . . .

Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres. Saquean, insultan y matan impunemente á los justos que ningùn mal les han hecho; últrajan la religión y queman las sagradas imágenes de un modo inaudito. Ni esto, ni el tono que V. E. observa aun después de los días 15 y 16 son propios para satisfacer á un pueblo valiente. V. E. hará lo que quiera. Yo lo que deba.—B. L. M. de V. E.—José Palafox y Melci.»

Menos literaria pero quizá más característica es la respuesta que dió á otra intimación, respuesta que figura en su expediente del archivo de guerra.

«No sé capitular; no sé rendirme: en estando muerto hablaremos de eso.»

IX. La batalla de Épila

El plan de Palafox consistía en hacer levantar el sitio atacando á su adversario por la espalda y cortando las comunicaciones del ejército francés.

Al efecto, mal organizadas sus tropas salió de Belchite (donde se encontraba) el 19 de Junio, cruzó por Longares el 20 y llegó á La Almunia el día 21. Reunido allí con las tropas del Barón de Warsages que habían venido de Calatayud, se dirigieron todos juntos á Épila, contra la opinión de algunos jefes y oficiales.

El general Lefèbre era demasiado buen soldado para desconocer los intentos de Palafox; y en cuanto supo ese movimiento destacó parte de sus fuerzas sobre Épila ocultando á los zaragozanos su objetivo con las apariencias de un asalto combinado con vivo cañoneo.

Serían las nueve y media de la noche del día 23 cuando llegó á Épila el coronel polaco Koplinskí con el primer regimiento del Vistula, un batallón del 15 de línea, un escuadrón de caballería y algunos cañones.

Los españoles sorprendidos se reunieron en las eras del pueblo, entre el Jalón y el camino de Zaragoza. Al momento rompieron el fuego contra los franceses que se acercaban apresuradamente.

Lo peligroso de un ataque nocturno, una vez descubierto por los españoles, mantuvo á los franceses indecisos antes de avanzar.

A pesar de las amonestaciones y amenazas del general Palafox, muchos voluntarios aragoneses se desbandaron al primer ataque del ejército enemigo. Solamente las tropas veteranas se mantuvieron en sus puestos.

Al rayar el alba los franceses reanudaron el ataque. Los artilleros españoles faltos de apoyo tuvieron que abandonar las piezas á á las 6 de la mañana. La infantería tuvo que retirarse con graves pérdidas. Solo la caballería logró contener á los franceses aminorando los efectos de aquella retirada.

El general Palafox con las fuerzas derrotadas se retiró hacia Calatayud desesperanzado ya de hacer levantantar el sitio.

Al día siguiente entraron los franceses en Épila donde cometieron los estragos de costumbre.

Aunque estaba el pueblo casi desierto, el cura D. Domingo Marqueta que no había que-

rido abandonar la población fué asesinado; la misma suerte corrieron treinta y seis habitantes; y con gran dificultad y merced á las instancias del cirujano que los asistía fueron respetados los diez y seis enfermos que había en el Hospital.

El coronel Koplinski no persiguió á los españoles en su retirada. Distribuyó varios destacamentos para vigilar el camino de sus convoyes y volvió á reunirse con Lefèbre.

¿Habían tenido razón los que opinaron en contra de aquella marcha ó había causas ocultas que explicaban la derrota?

Nadie sabe por qué corrieron los voluntarios aquel día; quizá esté la explicación en una oscura intriga de que Palafox nunca quiso hablar con gran detalle.

Episodio discutible ante el Derecho internacional, intentemos esclarecer en lo posible el misterio que lo encubre.

Se habían interceptado correspondencias desde Madrid á Valencia y de Valencia á Zaragoza, en las cuales se decia que el Estado Mayor de Murat había urdido una trama para comprometer á los principales jefes del ejército español.

En uno de esos documentos se decía que algunos oficiales de dragones del Rey y de

guardias de Corps habían ido á Aragón en calidad de *espias*. El gobierno de Madrid de acuerdo con ellos, enviaría pliegos á Palafox, jefes de ejército, jefes de juntas y otras personas notables, diciéndoles que *José Napoleón les agradecería que continuasen al frente de las tropas hasta que llegase la hora de entregarlas*. Los espías tendrían buen cuidado de que los falsos pliegos fueran descubiertos por las tropas españolas; y fingiéndose entonces patriotas engañados por la perfidia de Palafox y demás jefes, tendrían pretexto para fomentar la insubordinación de los soldados, llegando si posible fuera hasta el asesinato de los caudillos españoles. (1)

Aún cuando esta trama no fuera cierta por completo, Palafox debió encontrar en su ejército algo sospechoso, porque en 17 de Julio de 1808 contestando á la Junta de Valencia que le había remitido varios de esos documentos anónimos, decía: «algunos de los oficiales que se citan en ellos me han dado mucho quehacer en la batalla de Épila, á consecuencia de lo cual tomé la providencia de separarlos de mi ejército.»

---

(1) Gómez Arteche; Historia de la guerra de la Independencia; tomo II, pág, 329.

El hecho positivo es que antes de la batalla, varios jefes y oficiales mostraron á Palafox la inconveniencia de hacer frente al ejército francés; que sus opiniones trascendieron á la tropa; y á tal grado llegó el pánico, que el pequeño ejército estuvo á punto de disolverse. Palafox según refieren Foy y Schepeler, colocándose en medio de los descontentos anunció con entereza que daría pasaporte á todo el que quisiera ir á Valencia. Nadie se atrevió á pedirlo; pero lo ocurrido, sobradamente significativo, demuestra con indicios graves la existencia de *traidores* en su campo.

El Derecho internacional distingue muy justamente entre espías y traidores.

El espía es valiente. El traidor por lo común, es cobarde. El espía arriesga siempre su vida en servicio de su patria. El traidor engendra alevosamente su hazaña; esto es, procura ante todo la evitación de riesgos para su persona.

Traidores, no espías, debieron ser los causantes de la derrota de Épila. No se culpe á los franceses del empleo de este medio tan artero para luchar con el enemigo; si la trama fué como se supone, franceses la idearon, pero españoles degenerados se prestaron á ejecutarla.

X. Estratagemas de que hicieron uso sitiadores y sitiados

Franceses y españoles usaron de estratagemas. Si fuéramos á analizar aquí todas las estratagemas de que hicieron uso ambos ejércitos, se daría á este capítulo extensión desmesurada. Citaremos solamente algunas de las principales, como muestra del uso que entonces se hizo de esta práctica internacional tan discutida en todo tiempo.

Á pesar del entusiasmo con que se luchaba, forzoso es reconocer que hubo deserciones en uno y otro bando.

El día 8 de Julio se pasaron á nuestro ejército un teniente coronel y un oficial enemigos quienes dijeron que sus paisanos tenían en aquella fecha diez y seis mil bombas y granadas, medio carro de pólvora y muchas balas de fusil y de cañón; la oficialidad según dijeron estaba muy descontenta con el general Lefèbre, el cual en el Consejo de guerra que tuvieron para tratar de retirarse no qui-

so convenir en ello, mientras no perdiese las dos terceras partes de su ejército. (1)

Las deserciones como se ve, dan lugar en la generalidad de los casos á lícitas estratagemas. El desertor es un correo del ejército enemigo. Por medio de él adquieren los ejércitos que los acogen noticias del adversario, se enteran de su estado moral y material, de los recursos con que cuenta, de los proyectos de campaña, en fin de todos cuantos datos puedan interesar para alcanzar la victoria ó mantener cuando menos la igualdad de fuerzas.

Por eso la deserción al enemigo se castigó en todo tiempo con penas severisimas. (2)

Ahora bien, aparte estas deserciones claramente definidas, hubo algunas otras que podríamos llamar deserciones fingidas.

El día 3 de Julio, por ejemplo, se presentaron á la vista de Zaragoza unos doscientos hombres armados simulando ser desertores. Se nombró una diputación para recibirlos pero dijeron á esta que no querian entregar las armas, si no que se les permitiera la entrada

(1) Los Sitios de Zaragoza; Diario de Casamayor; 8 de Julio de 1808.

(2) El Cód. de justicia militar, tratado II, titulo VIII, ratifica este mismo criterio.

en la ciudad para guardar las puertas á fin de que los trabajadores pudieran ir á recoger sus cosechas. Claro está que ante tan extraña petición los fingidos desertores fueron despedidos.

No parece bien esclarecida la intención de los franceses en esta estratagema. ¿Cómo iban los zaragozanos á dejar que enemigos en armas, se introdujeran en Zaragoza? La petición no podía ser más inocente.

Pero la estratagema más típica de que usaron los franceses fué la introducción en Zaragoza de gran cantidad de proclamas impresas en las cuales se manifestaban las muchas ventajas ofrecidas por Napoleón á todos aquellos pueblos que se le sometían sin resistencia y en las que se hacían toda clase de comentarios, aún los más exagerados, acerca de los triunfos obtenidos por Napoleón en el resto de España.

Prueba evidente de la exageración característica en las proclamas impresas del ejército francés, resulta del contenido de la correspondencia francesa que venía de Bayona para el general Lefèbre, interceptada el 24 de Junio de 1808 por el comandante de la compañía de los Pardos de Aragón.

Lo principal de esa correspondencia extrac-

tada por Casamayor se reduce á lo siguiente:

«1.° El general Verdier, Príncipe de Neufchatel y Condestable en Francia, á nombre de su emperador remite á Lefèbre papeles impresos en España. En ellos cuenta que los franceses se han apoderado ya y son dueños de Andalucía sin haber sufrido grandes pérdidas, cuando es notorio y consta de oficio que han sido enteramente derrotados.

2.° Al mismo tiempo le encarga que para intimidar y engañar á los aragoneses diga que por todas partes vienen ejércitos formidables, por cuyo medio la *apariencia* suplirá á la *falta de tropas* que hay en Francia y logrará seducir á los españoles.

3.° El general francés que manda en Pamplona y el que está en Tudela, escriben tambien á Lefèbre que no se atreven á salir de aquellas ciudades y que el ejército francés perecerá en España si la intriga, el temor y los *traidores* que abundan no los libertan.»

La diferencia que se observa entre la realidad y las apariencias con que los franceses quieren revestirla, demuestra evidentemente la parodia de esta estratagema.

Pero los bandos de Palafox, ampulosos quizá, más henchidos de patriotismo, las Gacetas de Asso, rellenas de retórica con el fin de in-

flamar el espíritu de los sitiados y sobre todo la fe y el valor que derrocharon los zaragozanos, inutilizaban completamente los efectos que pudieran producir las proclamas del ejército francés, introducidas en Zaragoza.

Y ahora puede preguntarse ¿Estas estratagemas que se acaban de referir consideradas ante el Derecho internacional eran lícitas ó ilícitas?

Para contestar debidamente á esta pregunta habría que analizar con gran detenimiento las circunstancias de cada una de ellas en particular. Y en la imposibilidad de hacerlo, tratemos de formular un principio general que sea como la clave para la resolución de estos problemas.

En Derecho internacienal el empleo de la astucia no está reñido con el deber de hacer la guerra lealmente. Es decir, que los ardides empleados para tomar datos ó burlar la acción del enemigo se consideran como lícitos mientras no revistan el carácter de traición. Aplicando esta fórmula á cualquiera de los casos indicados el problema jurídico internacional quedará resuelto inmediatamente.

XI. Voladura del Seminario

En la tarde del 27 de Junio, estaban cargando los defensores unas carretadas de pólvora para llevarla al convento de San Agustín donde se fabricaban cartuchos, cuando sin saber á ciencia cierta el motivo, lo cierto es que se prendió fuego, primero á los carros y después al almacén instalado en el Seminario que voló con gran estrépito.

Hasta diez leguas á la redonda dicen los testigos presenciales que se oyó el ruido de aquella terrible explosión. La biblioteca y gabinetes científicos del Seminario desaparecieron; varias casas contiguas se desgajaron repentinamente. Zaragoza sufrió tremendo quebranto.

Unos achacaron el daño al descuido, otros lo atribuyeron á *traición*. Lo cierto es que el efecto se vió, pero la causa se ignora todavía. La justicia internacional no puede por lo tanto registrar en el número de las traiciones este episodio de influencia tan lamentable para la causa de Zaragoza.

Sin embargo es de notar que los franceses apenas se apercibieron de la explosión, atacaron las puertas de la ciudad aunque sin resultado positivo. ¿Es qué imaginaron la causa de la explosión ó estaba ya prevenido el inmediato ataque á la ciudad? La crítica histórica hasta el momento presente no ha podido averiguarlo.

XII. El 1.° de Julio. Intervención de las mujeres en la defensa

Era la media noche cuando la primera bomba cruzó silbando el espacio; un grito general, un movimiento de pánico se apoderó de la población. Por fortuna, las primeras bombas fueron más allá de la ciudad; cuando los artilleros franceses rectificaron su puntería, había pasado ya la primera impresión; los zaragozanos se hicieron superiores al peligro; retiraron la pólvora á los sitios más seguros, bajaron á los sótanos los objetos más preciosos y se dispusieron á la lucha.

Nadie dudaba de que el bombardeo era el preludio del asalto y menos que nadie Pala-

fox; así es que en la tarde del 1.° de Julio entraba en Zaragoza por la Puerta del Angel, con más de 1000 soldados y 60 caballos. La presencia del caudillo inspiró nuevo brio á Zaragoza.

Veinticuatro horas duró el bombardeo. Se calculan en 1200 granadas y 200 bombas los proyectiles que lanzó Verdier sobre la plaza.

Al amanecer del día 2 los vigias de la Torre Nueva anunciaron gran movimiento en el ejército francés. Momentos después lanzábanse las columnas francesas contra las puertas de la ciudad.

La línea de ataque era ya más extensa que en la batalla de las Eras. Se extendía desde la puerta de Sancho, seguía por el castillo de la Aljafería, Puerta del Carmen y Puerta de Santa Engracia hasta el convento de San José.

En este día memorable tuvo lugar el episodio de *Agustina de Aragón*. Bien merece dos palabras.

En la puerta del Portillo el fuego de los franceses había abierto una brecha. Llegó un momento en que las piezas españolas tuvieron que callar; todos los que las servían habían sucumbido. De pronto una joven de 22 á 24 años que acababa de llegar allí, como

todas llevando víveres para nuestros compatriotas, al rumor de la columna que avanza, alza sus ojos y divisa á los que acababan de arrancar la vida á todos los artilleros de la puerta del Portillo; arrebatando entonces de manos del cadáver de un sargento de artillería la mecha aùn encendida, prende fuego al cañón, parte la carga y la columna francesa retrocede salpicada en sangre por tan inesperada metralla. Los campesinos que al ver tanto desastre huían despavoridos, ante el ejemplo de aquella mujer vuelven, se lanzan y deciden al fin la victoria á favor de Zaragoza. (1)

El episodio de Agustina, acerca de cuya veracidad no puede dudar la crítica más severa, nos debe maravillar no precisamente por lo que en si representa, (hubo durante los Sitios muchas, muchísimas mujeres como Agustina; Manuela Sancho por ejemplo fué

---

(1) Agustina de Aragón recibió entre otras recompensas, el grado de subteniente de infantería. En más de una ocasión vistió su traje militar. Así consta en las certificaciones expedidas por el Conde de Alacha, comandante general del cantón de Tortosa y D. Pablo Morillo, Mariscal de campo que tomó parte en la memorable batalla de Vitoria. Documentos publicados por «El Mundo Militar», Madrid 29 Febrero 1908.

artillera tan intrépida como la popular heroína); el episodio de Agustina de Aragón es intangible en cuanto simboliza por decirlo así, el corazón de aquellas mujeres dispuestas siempre al sacrificio en defensa de su patria.

«En pelotones de quince y veinte— dice el general Palafox—armadas de sables y fusiles se presentaban á mí con empeño de que las colocara en los sitios de mayor peligro, y muchas de ellas, jóvenes y hermosas eran retiradas llenas de horrorosas heridas».

Agustina de Aragón, Manuela Sancho, Casta Alvarez, María Agustín, la condesa de Bureta, Benita Portolés, Joaquina Plaza y tantas otras, demostraron con sus hazañas á los franceses que si hasta entonces habían luchado con ejércitos, en Zaragoza luchaban por vez primera con un pueblo.

Ante el Derecho internacional el cuadro de la contienda era verdaderamente singular. De una parte el ejército francés, caracterizado por la disciplina militar de sus soldados. De otra parte un pueblo que sin organización militar y desarrollando una lucha verdaderamente esporádica consigue detener y derrotar al ejército enemigo anulando enteramente el plan de sus generales.

En vano se ordenaba á los zaragozanos:

«Todas las mujeres, ancianos y niños se retirarán á sus casas cuando haya fuego ó se toque á generala; y no se presentarán por las calles, en inteligencia de que si por no hacerlo así resultase el menor daño, serán responsables de él los padres de familia ó los amos que estén en su lugar.» (1)

Mujeres, ancianos y niños, todos contribuyeron en la medida de sus posibles esfuerzos á la defensa de Zaragoza. Pocas veces habrá luchado con tanta tenacidad y tanto acierto un ejército compuesto de fuerzas tan heterogéneas.

XIII. Comportamiento de los soldados extranjeros

Nota interesante para el Derecho internacional será la averiguación de cómo se comportaron los soldados extranjeros en la defensa de la ciudad.

Sabido es que en Zaragoza había varias compañías formadas por soldados extranjeros. Y en honor de la verdad forzoso es reconocer

(1) Bando publicado en Zaragoza el 29 de Junio de 1808 por el Intendente D. Lorenzo Calvo de Rozas.

su valiente comportamiento. La narración de algunos episodios que sirvan como ejemplo, lo probará de una manera palmaria.

Apenas llegó el general Verdier y se puso al frente de las tropas sitiadoras dirigió sus tentativas contra la puerta del Carmen.

Apoderados los franceses del convento de Capuchinos, los defensores comprendieron que iban á estrecharlos é intentaron recuperarlo á toda costa.

Y en efecto, una compañía de voluntarios de Aragón y otra compañía de *extranjeros* hicieron una bizarra salida, sostuvieron vivo tiroteo y lograron penetrar en el edificio haciendo retirar al enemigo; pero considerándose con escasas fuerzas para continuar en aquella posición, tuvieron que abandonarla después de haber sufrido algunas bajas.

Los soldados suizos.—Los defensores de Zaragoza eran todos iguales ante el peligro.

Militares y paisanos, nacionales y extranjeros, ocupaban su puesto en el combate sin preferencias ni distingos.

Aunque había entre los defensores cierto remedo de organización militar, no llegaba hasta el punto de sacrificarse el movimiento popular en aras de la disciplina.

Unos y otros acudían aquí y allá, muchas

veces expontánea y precipitadamente para reforzar aquellos puestos que aparecían más debilitados en el ardor de la refriega.

Las frases «vamos bien», «adelante», eran las señales más frecuentes para unificar los movimientos. He ahí la demostración más elocuente del carácter popular que tuvo la defensa.

El sentimiento de un mismo ideal fundiendo en una acción común las aspiraciones individuales, era la gran disciplina del ejército sitiado.

Ahora bien refiriéndonos únicamente á la conducta que siguieron los soldados suizos que había en Zaragoza durante el primer sitio, justo es adjudicarles la patente de valor que la Historia otorgó á los zaragozanos indomables de 1808.

«Son dignas del mayor elogio—decía la Gaceta extraordinaria de Zaragoza del 1.° de Agosto—los soldados (suizos) que guarnecian la *Torre del Arzobispo*. El comandante de aquel puesto D. Adriano Valker hizo con las pocas tropas de su mando prodigios de valor.»

El carácter internacional del ejército sitiado no amenguaba pues, el entusiasmo por la defensa de la ciudad.

Los soldados portugueses.—Conviene ad-

vertir, primeramente que había tropas portuguesas en el ejército sitiador y en el ejército sitiado. Nada tiene esto de estraño si se considera la composición por todo extremo heterogénea del ejército imperial y en general de los ejércitos de entonces.

Tres columnas de la división portuguesa mandada por el general Gómez Freire, fueron las que atacaron por el lado del Portillo en el asalto memorable del día 2 de Julio.

Los soldados portugueses que formaban parte del ejército sitiado, se habían refugiado en Zaragoza procedentes de Bayona. Su comportamiento no pudo ser más heróico. Véanse algunos ejemplos.

En la noche del 17 de Julio el ejército francés intentó un ataque por sorpresa. Á pesar de haber sido rechazados en la puerta del Carmen, continuaba el fuego, por lo cual trataron los sitiados de desalojar á los franceses de sus atrincheramientos; y para ello cien granaderos españoles y algunos portugueses se arrojaron sobre el enemigo con indecible denuedo, pero su posición descubierta les era tan desfavorable que fué preciso desistir después de sufrir alguna pérdida.

En otra ocasión habíase empeñado combate muy reñido en las cercanías del río Gálle-

go. (1) Apurados andaban los zaragozanos cuando recibieron algunos refuerzos y entre ellos un destacamento de soldados portugueses. Con tal brío cargaron estos que momentos después abandonaban los franceses la posición que ocupaban. El molino llamado del Pilón que estaba muy cerca del lugar de la refriega quedó inmediatamente rodeado por los nuestros que intimaron la rendición á los franceses que lo ocupaban. Pero observando que no hacían caso, escalaron treinta portugueses las tapias del molino y consiguieron dar muerte á los francesese que allí había.

Otro día (el 23 de Julio) marchaba el general Viana al frente de una brigada, de la que formaban parte algunos portugueses, en dirección al puente Gállego para practicar un reconocimiento. Ya estaban próximos á las casas situadas junto al puente, cuando de pronto salen de entre los cañaverales varias secciones de lanceros franceses cuya impetuosidad puso á prueba el valor de los nuestros. Un soldado portugués de á caballo se avalanzó contra un soldado francés también de caballería; y tras de sostenida lucha entre los

(1) Ultimos días de Julio de 1808.

dos, el soldado portugués arrebató la lanza á su contrario y le dió muerte.

Finalmente, en los últimos días de Julio, los que guarnecían las baterías de la puerta de Sancho y del Portillo hicieron dos salidas, en las que sostuvieron acciones bien reñidas. En uno de esos combates una compañía de valientes portugueses hizo prodigios de heroismo atacando al enemigo. (1)

Lo dicho es suficiente para comprender el comportamiento de los soldados portugueses en la defensa de Zaragoza. El ángel del exterminio había tendido sus negras alas sobre España y Portugal, en esta época azarosa de la ambición napoleónica. Natural era, pues, que portugueses y españoles sintieran entusiasmo común por la causa de la Independencia, sin que nada diga en contrario la existencia de algunos portugueses en el ejército sitiador, porque ya se advirtió la fisonomía cosmopolita del ejército francés en el que había soldados originarios de casi todas las naciones europeas. (2)

---

(1) Alcaide: Historia de los dos sitios. Tomo I capítulo XVIII, pág. 188.

(2) Véanse los capítulos III y IV del «Primer sitio».

XIV. Bombardeo del Hospital

Apenas se enteró Napoleón de la derrota sufrida en los primeros días de Julio, señaló á sus generales el punto flaco por donde debían haber atacado á la ciudad: la puerta de Santa Engracia.

Una vez determinado este plan inteligente que pudiéramos llamar *ataque central*, los trabajos de atrincheramiento se sucedieron sin cesar.

Desde el primer momento se vió que la artillería francesa apuntaba especialmente contra el convento de San Francisco, donde estaba el cuartel general y (lo que parece increible) contra el Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia. (1)

Ya que tiene este episodio gran trascendencia para el Derecho internacional importa determinar con precisión la verdad histórica del mismo. Los testigos presenciales, los autores españoles y los historiadores franceses,

(1) El convento de San Francisco se encontraba próximamente en el sitio que hoy ocupa la Diputación provincial; y el Hospital donde está hoy el Hotel de Europa. (Véase el plano que va al final de esta obra.)

todos están conformes en afirmar la realidad histórica del hecho. (1)

Había entonces en el Hospital unos 500 enfermos y más de 200 locos. El espectáculo no pudo ser más horrible. En medio de las tinieblas de la noche, al resplandor de las antorchas que daban aspecto diabólico á aquel cuadro, atemorizados los enfermos al ver que el edificio se abrasaba, querían arrojarse por las ventanas; y los locos libertados en aquel desorden se precipitaban á la calle gritando desaforados.

En esta trágica noche alcanzó la mayor de las celebridades una dama noble y generosa que dió toda su fortuna para la causa de su patria, una mujer ilustre, en opinión de algunos la figura más grande de los Sitios: la Condesa de Bureta. Se ha dicho que su rango la prescribía dar ejemplo; pero es que ella superó á los deberes de su rango. Gracias á su valor y actividad, los enfermos y los locos acomodados de nuevo en la Audiencia y en la Lonja volvían á encontrar el relativo des-

(1) Los sitios de Zaragoza; manuscrito de D. Ramón Cadena, Racionero penitenciario del Templo del Pilar.—Diario de Casamayor: 3 Agosto 1808.—Alcaide; tomo I, cap. XIX, pág, 198.—Grandmaisón: Discurso sobre «Los sitios de Zaragoza». Etc.

canso que á sus dolencias podia ofrecer una ciudad sujeta á pruebas tan terribles.

Ante las leyes de la guerra resalta evidentemente este episodio inhumano como una de las mayores violaciones del Derecho internacional, cometidas durante los Sitios.

Lo que hicieron los franceses con el Hospital de Zaragoza no es hazaña propia de la civilización que era dable exigir á los pueblos europeos en pleno siglo XIX.

Bien es verdad que hasta la convención de Ginebra del año 1864 no se estableció acerca del tratamiento de los heridos en campaña un derecho convencional común á todos los Estados. Pero también es verdad en buenos principios de Derecho de gentes que el respeto y la asistencia á los heridos ha sido, es y será en todo tiempo, respecto de los nacionales un deber de patriotismo, respecto de los enemigos un deber de humanidad.

XV. Asalto del día 4 de Agosto

El día 4 de Agosto, memorable en la Historia de los Sitios, sesenta bocas de fuego del ejército francés saludaban á su manera el amanecer de Zaragoza.

Las tres columnas de ataque mandadas respectivamente por los generales Habert, Bazancourt y Granjean abrieron pronto tres brechas: en Santa Engracia, puerta del Carmen y el Portillo.

En tan crítico momento el general Verdier se apresuró á enviar á Palafox un lacónico billete donde se leía solo una palabra: «capitulación» Á través de las barricadas fué llevado el documento y Palafox en ese mismo billete escribió abajo «Guerra y cuchillo» (1) Se repetía el caso del desfiladero de las Termóquilas, dice un escritor francés. Yo diría que nuestro general sabía contestar cumplidamente á esa especie de matonismo de que hacían gala los generales franceses y que en el orden internacional tantas veces sustituye á la serenidad y el valor de las propias convicciones.

Los franceses bajo una lluvia de balas llegaron hasta el Coso. El objetivo principal de sus generales consistía en lo siguiente: una columna ocuparía la línea derecha del Coso hacia la plaza de la Magdalena; otra colum-

(1) Aunque sea menos literaria esta es y no «guerra á cuchillo» la frase que Palafox hizo gravar en el reverso de una medalla conmemorativa del Sitio.

na debía ocupar la línea izquierda del Coso hacia el Mercado; y la tercera por la calle de San Gil llegaría hasta el Arrabal, con lo cual quedaba la ciudad completamente dominada. (1)

Las dos primeras columnas después de grandes esfuerzos consiguieron avanzar hacia la Magdalena y el Mercado respectivamente. Pero la columna que había de penetrar por la calle de San Gil ¡fué caso providencial! confundió el itinerario y en vez de introducirse por la citada calle, metiéronse los soldados franceses por la estrecha y tortuosa callejuela del Arco de Cinegio. Los zaragozanos, aprovechando aquella equivocación, parapetados en las casas acribillaron á la encallejonada columna, destrozándola completamente.

No es aventurado afirmar que quizá la confusión de esta columna central contribuyera muy decisivamente á la salvación de Zaragoza en el primer sitio.

De todos modos, ciudad asaltada es ciudad conquistada. Pero esta regla, como dice un autor prusiano, testigo presencial del sitio, no rige para españoles. Y vamos á demostrarlo.

(1) La calle de San Gil es hoy calle de D. Jaime I el Conquistador.

El general Palafox, al ver que Santa Engracia había caído ya en poder de los franceses, y juzgando la situación de la plaza, militarmente indefendible, comprendió que la salvación de la ciudad, caso de ser aún posible, estaba en los socorros que pudieran venir de fuera, y como éstos no llegaban á pesar de sus reiteradas peticiones, salió él mismo á buscarlos, después de haber encargado á los zaragozanos que se sostuvieran en las calles las horas que pudieran.

Nuestros compatriotas, al ver á los franceses en el Coso, no pudieron resistir el desmayo invencible que se apoderó de sus espíritus. Soldados y paisanos, hombres y mujeres, todos huían despavoridos dirigiéndose hacia el Arrabal en confuso tropel. El capitán Luciano de Tornos, al observar aquella desbandada, puesto en el *puente de piedra*, amenazó con un cañón á los zaragozanos fugitivos. El pueblo entonces se sobrepuso; reanimáronse los espíritus y todos volvieron con nuevo ardor á la pelea. Al cabo de varias horas de fiero luchar, los franceses habían sido arrojados más allá del Coso, teniendo que fortificarse en Santa Engracia y edificios inmediatos.

Así pasaron los días siguientes hasta el 8

de Agosto, en que el general Palafox al frente de algunas tropas, entraba de nuevo en la ciudad. Desde aquel momento el combate es ya perpetuo; por lo más intrincado de las callejuelas se esparcen los combatientes; diariamente se lucha cuerpo á cuerpo; los franceses penetran en las casas; el saqueo y el pillaje se suceden sin cesar; pero el Derecho internacional difícilmente podrá evitar esos excesos porque llevan la atenuante del arrebato y la obcecación; son excesos cometidos *dum fervet opus* como dicen los juristas, es decir, en el fragor del combate, en el calor de la pelea.

En aquellas últimas refriegas habían caído heridos los generales Verdier, Lefèbre y Bazancourt. La noticia del triunfo de Bailén llegó hasta los sitiados. Y casi al mismo tiempo recibieron los franceses la orden terminante de levantar el sitio y replegarse hacia Navarra.

XVI. El clero durante los Sitios

A la reacción que repentinamente se obró en el ánimo de los sitiados el día 4 de Agosto contribuyeron los sacerdotes con sus exortaciones.

Y ya que de esto se trata, es de justicia advertir que todos los eclesiásticos que había en Zaragoza lo mismo seculares que regulares cooperaron heróicamente á la tenaz defensa de esta ciudad.

«Los más animosos—dice D. Ramón Cadena en su interesante manuscrito—aquellos que sabían manejar las armas salieron á dar ejemplo animando á los paisanos; mezclados con ellos, tanto los sacerdotes seculares como los regulares, especialmente los legos, hacían vivo fuego, con singular tino, buscando á los *mosutes* como si fueran *codornices*».

Otros hacían cartuchos; las religiosas preparaban los papeles para poder fabricarlos con la mayor rapidez; y en la Santa Capilla de Nuestra Señora del Pilar, mientras duraba la pelea, se rezaba constantemente el Rosario implorando de la Virgen que no lograran los franceses profanar nuestra ciudad.

En el asalto del día 4 de Agosto, un monje del convento de Santa Engracia, Pedro Bretón, que llevaba sobre su remangado sayal los galones de sargento, defendió hasta la muerte con ocho compañeros suyos, la entrada de los subterráneos donde reposaban los cuerpos de los mártires de otra persecución imperial: la de Decio, en el siglo III de la era

cristiana (1). Y así podrían citarse otros muchos ejemplos de heroismo por parte del clero que había en Zaragoza.

En general se ha declamado mucho contra los eclesiásticos regulares y seculares que durante los Sitios de Zaragoza tomaron las armas y ayudaron al pueblo en los combates. Si un militar (se ha dicho) tiene que obtener dispensa para ordenarse, es impropio que un eclesiástico haga la guerra; su ministerio es la paz. Pero obsérvese ante todo la ilegitimidad de las aspiraciones de Napoleón. Adviértase después que las luchas de Zaragoza ante el Derecho internacional, más bien que campañas regulares, fueron casos de *legítima defensa*, derecho reconocido á todos los seres humanos; aparte que esto no es nuevo en la historia. Los Sumos Pontífices han defendido en más de una ocasión sus territorios. A muchos obispos de Francia se les vió batirse contra los Hugonotes. En España, durante la Reconquista medieval, los Prelados que toman parte en las luchas contra los árabes, son innumerables. El cardenal Cisneros acometió empresas guerreras verdaderamente trascen-

(1) Estudio sobre los Sitios de Zaragoza por Geoffroy de Grandmaisón.

dentales. El clero de Barcelona dió pruebas también de gran entusiasmo bélico en la defensa de aquella ciudad en 1706 contra las armas de Felipe V. Luego no debe extrañar ni ser objeto de censura que el clero aragonés, identificado con el espíritu de su pueblo, luchase con él por la independencia de España. ¿No son los sacerdotes pastores de las almas? Pues bien. ¿Cuándo se vió que los pastores fueran cómplices del lobo en vez de defender hasta la muerte las ovejas sometidas á su guarda?

XVII. Los prisioneros

Los franceses, antes de levantar el sitio y retirarse quisieron dejarnos dos recuerdos, uno grato y otro triste, ambos de fisonomía internacional y por eso vamos á estudiarlos aunque sea brevemente.

En primer lugar hicieron entrega de los prisioneros españoles que tenían en su poder. Se encontraban entre ellos muchas religiosas apresadas al saquear los conventos y el propio P. Boggiero.

Ahora bien. ¿Qué conducta siguieron con

sus respectivos prisioneros uno y otro ejército?

En la orden del día 6 de Agosto de 1808 se leen estas palabras que son bien expresivas: «Los horrorosos atentados del ejército francés son correspondidos por la generosidad española, *recibiendo sus prisioneros no como lo exige la guerra que nos hacen, sino la humanidad*». Así se expresaba el Marqués de Lazán, entonces general en jefe de las fuerzas sitiadas.

Imposible es evitar que las masas populares se extralimiten alguna vez, violentamente impulsadas por esa contagiosa irreflexión que caracteriza á la psicología de todas las multitudes. Esto sucedió en Zaragoza. Pero son casos aislados.

El juicio del enemigo que no podrá tacharse de parcial tratándose de este punto, nos es también favorable. El general Lejeune refiriéndose á Palafox, entre otras cosas dice de él lo siguiente: «Es un verdadero soldado puesto que es humanitario; en el transcurso de la lucha hace cuidar casi á escondidas á los prisioneros franceses».

Para averiguar el trato que á los prisioneros españoles daban los franceses, entre otros testimonios puede citarse el siguiente, tomado

del manuscrito de D. Ramón Cadena, testigo presencial de los dos sitios: «Según dijeron las religiosas prisioneras cuando volvieron á Zaragoza, unas señoras francesas viendo las continuas lágrimas que vertían aquellas infelices apresadas, rogaron al general Lefèbre que las libertara, como así sucedió. Mas esas religiosas, las educandas que también habían sido prisioneras y las demás mujeres y hombres que volvieron, de los pesares que recibieron á consecuencia de las continuas violencias, sustos, golpes y *tratamientos pesados*, enfermaron muchos y murieron los más».

Adviértase no obstante para poner las cosas en su justo lugar que en refriegas como la del día 4 de Agosto debió ser á los franceses muy difícil atender á los prisioneros con el cuidado que se puede tener en un combate regular sostenido en campo abierto.

Por lo demás, los historiadores españoles y franceses reconocen de común acuerdo que los oficiales del ejército imperial eran militares de mérito indiscutible, cuya conducta por regla general fué tan honrosa como su valentía.

En otra ocasión, apresados por los franceses los dos religiosos que habían quedado únicamente en el convento de Cogullada, fueron

puestos en libertad al poco tiempo, acompañándolos hasta donde encontraron las avanzadas españolas. ¡Acción noble y generosa que debemos aplaudir con la misma sinceridad con que condenamos las violaciones del Derecho internacional cometidas por el ejército francés!

El P. Boggiero, que fué maltratado por la soldadesca francesa, fué en cambio agasajado por el general Lefèbre que le distinguió sobremanera dándole la derecha en su mesa.

Ahora bien; refiriéndonos únicamente á la libertad que concedieron los franceses á los prisioneros españoles el día 13 de Agosto, ocurre preguntar: ¿Fué conveniencia ó fué caridad? Quizá no parezca conveniencia porque los libertados iban á ser otra vez combatientes, dado que la guerra continuaba en el resto de España. Pero quizá tampoco fuera caridad, sino todo lo contrario, gasto en su manutención y molestia grande en retenerlos. (1)

---

(1) Este capítulo se completa con el X del «Segundo sitio».

XVII
Si

La h
para Z
Sería
cuando
escucha
rrenda.
Enseg
ses había
Santa En
Derecho
que conc
recibido
se hacia
sitiador se
ga; por lo
gor del co
sodio vand
Derecho ir
cer de caus
el que dest
verdadera
Al amane
retirada el

Ad Jonas 1924

RVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY

OF

MON DE DALMAU Y DE OLIVART

MARQUÉS DE OLIVART

RECEIVED DECEMBER 31, 1911

XVIII. Levantamiento del primer sitio. Su trascendencia internacional.

La hazaña última del ejército francés fué para Zaragoza de tristísimo recuerdo.

Sería la media noche del 13 de Agosto cuando los zaragozanos quedaron atónitos al escuchar una explosión verdaderamente horrenda.

Enseguida se enteraron de que los franceses habían volado el magnífico convento de Santa Engracia, episodio censurable ante el Derecho internacional por las circunstancias que concurrieron en él. Los franceses habían recibido orden de levantar el sitio y replegarse hacia Navarra. Los soldados del ejército sitiador se encontraban ya rendidos de fatiga; por lo tanto, no es posible alegar el fragor del combate como atenuante de este episodio vandálico. Y en buenos principios de Derecho internacional, el destruir por el placer de causar daño sin beneficio positivo para el que destruye, se considera en justicia como verdadera locura.

Al amanecer del día 14 de Agosto inició su retirada el ejército imperial.

Cuando á la escasa luz del alba, los zaragozanos intentaron acercarse á las ruinas de Santa Engracia, las columnas francesas se alejaban ya en dirección á Poniente. Dicen los testigos presenciales que densa nube de polvo cubría su retaguardia. Tenía razón el orador elocuente, cantor ilustre del primer sitio: esa nube de polvo que cubría su vergüenza era el primer incienso que la Historia levantaba en holocausto de Zaragoza. (1).

Las tropas imperiales—dice un historiador francés—caminaban con el corazón lacerado, mostrando la más honda tristeza en su semblante y humillados hasta el extremo de verse precisados á retroceder ante soldados á quienes tenían en tan poca cosa.» (2).

La perseverancia firme de aquellas gentes sencillas consiguió derrotar á los primeros soldados del mundo.

«Saludemos aunque bajo una bandera que no es la nuestra—dice un autor francés—el éxito de la Justicia, que en el orden internacional no todos los días sale vencedora. El ideal había vencido á la fuerza. Gran lec-

(1) Discurso pronunciado por D. Segismundo Moret en el Ateneo de Zaragoza sobre «El primer sitio». Octubre de 1890.

(2) Thiers: Historia del Imperio; libro XXXI.

ción. Recompensa de las razas que saben vivir. Ejemplo de los pueblos que no quieren morir.»

La fama de tan grandes acontecimientos se extendió por toda Europa. En Londres, Berlín, Viena, San Petersburgo, Varsovia, se hablaba con entusiasmo del heroismo de Zaragoza.

El gobierno británico, celoso observador de las operaciones del continente, comprendiendo la gran influencia que podía tener tanto ejemplo de heroismo para las ulteriores empresas, dió orden al general inglés Doyle para que viniese á Zaragoza, con el fin de enterarse personalmente de lo ocurrido. Así lo hizo en efecto, y al contemplar las ruinas y reconocer las tapias que sirvieron de baluartes á Zaragoza, exclamó atónito: «¿Es posible que los vencedores de Danztig, Ulma y Magdeburgo se hayan estrellado contra estos frágiles muros? No creerán en Londres tal entusiasmo y tales sacrificios hechos por huir de la esclavitud.» (1).

Pocos años después, el gobernador de Moscow dirigía á sus subordinados una alocución para enterarles de la aproximación de los

(1) «Gaceta de Sevilla» de 11 de Octubre de 1808.

franceses. El documento que es muy interesante porque presenta á Zaragoza como ejemplo que los rusos debían imitar, dice así: «¡Valerosos moscovitas! Nuestro enemigo se acerca. Ya oís rugir su artillería no lejos de nuestros arrabales. El perverso quiere derribar un trono cuyo esplendor ofusca el suyo. Para alcanzar la victoria todo se ha de sacrificar. Los moradores de *Zaragoza,* teniendo siempre ante sus ojos el valor inmortal de sus abuelos, han preferido morir entre las ruinas de su ciudad, antes que doblarse á la injusticia. Hoy la misma tiranía nos amenaza con sus horrores. Haced, pues, ver al universo que el ejemplo memorable de España no ha sido perdido para la Rusia.» (1)

Véase si tuvo trascendencia grande en la esfera internacional el primer sitio de Zaragoza.

---

(1) «Relación circunstanciada de la campaña de Rusia en 1812» por D. Eugenio Labaume; traducción de D. Juan López de Peñalver; tomo I, páginas 313 y siguientes.

SEGUNDO SITIO

(Diciembre 1808-Febrero 1809)

I. Opinión que los zaragozanos tenían de los franceses

Poco tiempo descansaron los zaragozanos. En Agosto de 1808, habían levantado el campo los franceses; y en Diciembre de aquel mismo año, 34.000 soldados de los ejércitos imperiales, acampaban delante de la ciudad dispuestos á repetir los horrores del primer asedio.

Los zaragozanos, entusiasmados con su victoria, imaginaron sin duda alguna que los franceses nunca se presentarían ya ante Zaragoza. Sin embargo, no se descuidaron. Las circunstancias habían variado mucho. Las

tropas que guarnecían la ciudad, eran la flor del ejército español: allí estaban los héroes del primer sitio y los vencedores de Bailén. Se puede calcular que sumarían unos 33.000 hombres. (1) Estas fuerzas formaban cuatro divisiones de infantería mandadas por los generales Saint-March, Fiballer, Manso y Butrón. La artillería era abundante: 160 cañones con 1.500 artilleros mandados por D. Luis Villaba. La caballería formaba tres regimientos. Y los ingenieros militares D. Antonio Sangenis y D. Manuel Caballero, dirigían los trabajos de 800 zapadores á quienes corresponde en gran parte la gloria de la defensa. El general Palafox seguía al frente de la plaza.

La noticia de que los franceses se aproximaban á Zaragoza se recibió en la ciudad con sorpresa extraordinaria. A toda prisa se llevaron á cabo las obras defensivas. Todos rivalizaban en ardor cavando fosos, levantando murallas, talando las arboledas. El monte de Torrero, los conventos de Santa

(1) Schepeler dice que sumaban 35.000; según Thiers, 40.000; según Ferrusac, 50.000; según Marbot, 80.000; pero obsérvese que este último se refiere á todos los varones que había en Zaragoza; y los demás no distinguen entre los voluntarios y las tropas regulares.

Engracia, Trinitarios y San José y el castillo de la Aljafería, se fortificaron convenientemente. «Con estas trincheras—decían los zaragozanos—toda la Francia que venga, no entrará». (1)

No obstante, dominaba en los espíritus cierta inquietud evocada por el próximo recuerdo de tantos sufrimientos.

La batalla de Tudela ganada por los franceses, abrió á éstos el camino para avanzar sobre Zaragoza. La noticia de la derrota redobló en nuestra ciudad la agitación y el sobresalto.

El vulgo, que odiaba instintivamente á los franceses, arreció en su hostilidad contra algunos de ellos que había en el castillo. Hasta se llegó á insultar á las personas de sus relaciones al tiempo de llevarles la comida. Palafox, para evitar cualquier exceso, publicó el siguiente bando:

«Los zaragozanos saben matar franceses armados en los campos del honor, pero no desarmados, y cuya muerte no puede ni conducir al bien de la patria, ni aumentar nuestro bien merecido renombre de nobles y va-

---

(1) Manuscrito de D. Ramón Cadena, sobre «Los Sitios de Zaragoza».

lerosos. Cuartel general de Zaragoza. 24 de Noviembre de 1808.—*Palafox*».

Al amanecer del día 27, los franceses prisioneros en la Aljafería fueron trasladados en carros al castillo de Alcañiz con una escolta mandada por el brigadier D. Antonio Torres y el comandante Cerezo. Las gentes que presenciaron la marcha de los prisioneros franceses, dícese que insultaron á éstos con expresiones de rencor y de desprecio.

El vulgo obra casi siempre á impulsos del sentimiento, en vez de obedecer á los dictados de la razón. Pero esto no obsta para que ante el Derecho internacional sea grandemente censurable la expansión irreflexiva de las masas populares, que de no haber sido neutralizada eficazmente por la caballerosa intervención de los militares, hubiera empañado quizá el brillo de tantos actos heróicos.

II. El cuerpo de almogávares y el ejército de paisanos

Ni las fortificaciones construídas, ni las veinte mil bayonetas que brillaban en Zaragoza bastaban á tranquilizar la zozobra de la muchedumbre. En medio de aquel revuelo

general, surgió la idea de crear un cuerpo distinguido. Palafox acogió la iniciativa de buen grado y admitió á los infanzones y personas de alta jerarquía para que, vestidos á la antigua usanza, formasen el cuerpo que se llamó de *Almogávares* (1). Como primer adalid fué nombrado el duque de Villahermosa y por segundo el capitán D. Francisco Julián Pérez de Cañas. Los demás deberían presentarse á estos jefes con caballo, armas y traje.

El general Palafox otorgó su protección al nuevo cuerpo, esperando que sus nobles individuos sabrían emular las heroicidades de aquellos caballeros que en siglos anteriores tanto valor derrocharon en las guerras contra los sarracenos. Su misión consistía en vigilar los puntos más importantes para prevenir el menor desfallecimiento y denunciar cualquier flaqueza que observasen. Los valientes Almogávares desempeñaron su papel en todo momento con persistencia inquebrantable.

Ya estamos advertidos de que en Zaragoza había á la sazón más de treinta mil soldados. ¿No eran estas demasiadas fuerzas para tan

---

(1) Este vocablo de procedencia árabe, significa «soldados escogidos».

pequeño recinto? El problema de las subsistencias demostró bien pronto que sí. Además aquellas masas de soldados carecían de espacio suficiente donde moverse con el desahogo necesario para que su acción resultase eficaz. Y como el aceptar la posición de sitiados era colocarse en una situación de inferioridad moral, acerca de la cual muestran su conformidad todos los técnicos, el general Palafox encargó á su hermano D. Francisco que saliese á reclutar por los pueblos de Aragón un ejército de paisanos que serviría de reserva.

En dos meses todos los pueblos de alrededor pusiéronse en movimiento. Igual que si se tratara de organizar una Cruzada, una Ordenanza especial y muy severa disponía el levantamiento en masa de todos los habitantes. «Los antiguos soldados del rey, los cazadores de oficio, los aficionados, debían *coger el fusil*, bajo pena de que todo habitante que rehusara prestar un servicio tan útil como urgente, sería preso».

Todo lugar habitado tenía la obligación de dar un hombre por cada diez habitantes, asegurando su manutención mediante una contribución especial. Cada individuo debía llevar una mochila, una bota de vino, escopeta al hombro y cuchillo al cinto. Si escaseaban

los fusiles, bastaba con una pica que los herreros del pueblo podían fabricar en todo caso.

Cada pueblo aportaría á ser posible un tambor, una bandera y un sacerdote como capellán.

Este *ejército de reserva destinado á salvar la patria*, como se decía, desempeñó en ocasiones papel muy importante. Procurando siempre hostilizar á los franceses por el sistema de *guerrillas*, si bien no consiguieron romper el cerco puesto á la ciudad, que era el objetivo principal, causaron al enemigo pérdidas muy sensibles, y á veces hicieron críticas algunas de las posiciones del ejército sitiador.

III. Ataque al Arrabal

El veterano general Moncey, puso sus tropas en movimiento para despejar el terreno y poder apretar el cerco.

El día 21 de Diciembre encargaba al general Habert el ataque al monte de Torrero, y efectivamente, al medio día eran dueños los franceses de la altura de Buena Vista, obli-

gando al general Saint-March, que la defendia, á batirse en retirada.

Este funesto suceso tuvo su compensación aquel mismo dia. El general Gazán, que con su división tenía encargo de rechazar á los zaragozanos por la parte del Arrabal, en un principio arrolló completamente á un batallón de *500 suizos* que formaban en las huestes del ejército sitiado. Pero una genialidad de Palafox, decidió la victoria á favor de los sitiados.

«Contemplaba el general Palafox desde la azotea del palacio arzobispal, la marcha del combate. Nervioso é iracundo al ver que sus tropas iban perdiendo terreno, bajó á la calle, pidió su caballo, revistó á las fuerzas de caballería que se hallaban formadas en la plaza de La Seo, y á la cabeza de ellas se lanzó al galope por el *puente de piedra*. Aquel refuerzo hizo cobrar ánimos á los soldados españoles; la presencia de su general bastó para que se centuplicara el esfuerzo. Huyeron los franceses, y el Arrabal quedó, por entonces, libre». (1)

Convencido indudablemente el mariscal Moncey de que no era cosa tan llana apoderar-

(1) Nota de Valenzuela al Diario de Casamayor.

se de Zaragoza, apeló á la negociación, dirigiendo á Palafox una carta, en la cual se decía entre otras cosas lo siguiente: «La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes y no tiene ya comunicación alguna. *Por tanto, podemos emplear contra la plaza todos los medios de destrucción que permite el derecho de guerra.* El contener la efusión de sangre y preservar á la hermosa Zaragoza de las desgracias de un sitio, sería el camino para granjearse el amor y las bendiciones de los pueblos que dependen de Vmd.—El Mariscal Moncey.—Cuartel general de Torrero, 22 de Diciembre de 1808».

En la respuesta de Palafox, es digna de nota la reiterada mención de las leyes de la guerra, así como también la reconvención que hace al general francés por la conducta seguida al enviar el parlamento.

«Esta hermosa ciudad—dice Palafox—no sabe rendirse. El señor mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra y medirá sus fuerzas conmigo. Sesenta mil hombres resueltos á batirse, no conocen más premio que el honor. El mariscal Moncey se llenará de gloria si observando *las nobles leyes de la guerra,* me bate. No será menos la mía, si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que

mi tropa se batirá con honor, y que desconozco los medios de la opresión que aborrecieron los antiguos mariscales de la Francia. También advierto al señor Mariscal que cuando se envía un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego creyendo ser un reconocimiento, más que un parlamento.

IV. Proclama de Palafox dirigida al ejército francés

En los días siguientes sostuvieron nuestras tropas y el ejército sitiador frecuentes tiroteos. Se registraron en ambos bandos algunas deserciones y se hicieron mútuamente bastantes prisioneros.

El último día del año 1808 resolvieron los sitiados hacer una salida al mando del brigadier D. Fernando Butrón. Esta acción, que fué una de las más gloriosas del segundo sitio, tuvo lugar cerca del castillo de la Aljafería. Dando los nuestros una intrépida carga de caballería hicieron á los franceses doscientos prisioneros.

Sin embargo, este triunfo, provechoso tan

solo por el efecto moral que produjo en el ánimo de los sitiados no tuvo eficacia decisiva para cambiar el giro de los acontecimientos.

El día 2 de Enero de 1809 el mariscal Moncey era reemplazado en el mando supremo de las fuerzas sitiadoras por el mariscal Junot, duque de Abrantes. La causa de este cambio no aparece claramente demostrada. Quizá pareciese Moncey hombre de carácter demasiado conciliador para luchar con los zaragozanos.

El atrincheramiento del ejército francés proseguía activamente. Las baterías montadas frente al convento de *San José* rompieron el fuego en la mañana del 10. Al día siguiente asaltaron los franceses el convento; la importancia que dieron los franceses á la ocupación de aquel viejo y ya desmantelado edificio es el mejor testimonio de la heróica resistencia que pusieron los defensores.

Dueños los franceses del convento, dirigieron sus ataques al puente del Huerva y al reducto del Pilar. Volado el puente por los zaragozanos que se vieron obligados á batirse en retirada y arrasado el reducto después de porfiada lucha, quedaba reducida la defensa de los sitiados á las débiles tapias que circundaban la ciudad y á las paredes de las casas.

Los zaragozanos, sin embargo, mantenianse firmes y animosos.

En los primeros días de Enero de 1809, habiendo desertado de las filas francesas varios jinetes polacos que se pasaron al ejército español, creyendo Palafox que quizá podía atraerse á otros, hizo correr por el campo francés una proclama impresa en seis idiomas (español, francés, italiano, latín, alemán y polaco), incitando á los soldados franceses para que desertasen del ejército imperial.

En diferentes ocasiones habían puesto en práctica este ardid los generales de Napoleón. No es, pues, tan censurable como pretenden algunos este procedimiento de que usó Palafox para provocar la insubordinación en las filas enemigas.

En la citada alocución se decía:

«Franceses: Ya es tiempo de que conozcais vuestra verdadera situación. Internados en una provincia enemiga del Emperador, no de vosotros, os veis sacrificados al capricho y á la ambición.

Italianos, polacos, alemanes: Vuestra patria os llama, vuestras familias os esperan; venid, que abandonando una guerra que es vuestro oprobio, este gobierno noble y generoso os conducirá á vuestros hogares si con una noble

confianza os acogeis bajo su alta protección; seréis recibidos como amigos, socorridos y auxiliados como permite el carácter de esta valiente nación, tan grande en castigar como en perdonar á los que la ofenden. *Desechad de vosotros el necio error en que os tienen de que vuestros prisioneros son maltratados*, cuando algunos de ellos están disfrutando en sus casas de sus comodidades; y vosotros si os pasais como ellos, lograréis iguales beneficios; abrid los ojos; ya sabeis que en España no hay cobardes; elegid lo que querais».

El general Palafox hablaba como patriota y pretendía impresionar á los soldados de Napoleón con el horror al yugo del *tirano*. Pero ante el sentimiento disciplinado de las tropas imperiales se estrellaron sus intentos. Tan inútil fué esta proclama como las que dirigieron á los zaragozanos los generales franceses en más de una ocasión.

V. Intimación de Lannes

Poco tiempo duró la jefatura de Junot. A los veinte días de haber tomado el mando de las fuerzas sitiadoras, el duque de Abrantes era sustituído por el mariscal Lannes, duque

de Montebello. Era el nuevo jefe, hombre de verdadero espíritu militar, enemigo de la palabrería; su voluntad enérgica era muy á propósito para luchar con los zaragozanos. Con su presencia tomaron las operaciones más unidad y celeridad.

En este segundo sitio, es de observar que los generales franceses reconocían ya al ejército sitiado personalidad internacional. Los parlamentos son bastante frecuentes. En casi todos ellos se habla con gran insistencia de *las leyes de la guera, del honor de los ejércitos.* Los parlamentarios no son ya soldados prisioneros, sino oficiales distinguidos. El que envió Lannes antes de emprender una acción decisiva era uno de sus ayudantes de campo, el jefe de escuadrón Saint-Mars. Y como de esta práctica internacional no hemos hecho hasta aquí mención particular, vamos á describir el episodio.

Después de haberle hecho esperar largo rato en las avanzadas, serían las once de la mañana del 24 de Enero, cuando una patrulla de caballería española condujo al parlamentario con los ojos vendados hasta la presencia de Palafox. Tuvo que recorrer lentamente las calles de Zaragoza; algunos lo miraban con curiosidad examinando cuidadosamente su

uniforme; otros lo miraban con burla y enojo; no faltó quien prorrumpiera en gritos subversivos; nadie cometió sin embargo la osadía de tocarlo. Cuando le desvendaron los ojos encontróse en el salón de Palacio severamente decorado. Cortesmente recibido por el general Palafox, el parlamentario hizo entrega de los pliegos que traía. Al momento cundió la voz y concurrió el pueblo á la plaza de La Seo y sus inmediaciones.

La carta del mariscal decía entre otras cosas: «El bien de la humanidad me obliga á intimar á usted la rendición de la plaza antes de reducirla á cenizas. Los paisanos armados en la parte de Pina y Perdiguera han sido destrozados por nuestras tropas; muy pocos han logrado huir hacia la montaña, los restantes han sido muertos y prisioneros. *Señor general: el contenido de esta carta es la pura verdad; yo se lo aseguro á fe de hombre de bien.*—Cuartel general delante de Zaragoza 24 de Enero de 1809.—Lannes».

De nada sirvió al mariscal la sinceridad de esta intimación. «Los españoles no se rinden sin batirse, contestó Palafox. Aquí tengo 100.000 hombres decididos; gran honor para el mariscal será poder vencerlos».

A las doce y media, en la misma forma en

que había hecho su entrada, salía el parlamentario por el *puente de piedra* escoltado por una patrulla de caballería que le acompañó hasta las avanzadas.

La contestación no podía ser más categórica. Era preciso, pues, que decidieran las armas.

VI. La guerra subterránea

El día 26 de Enero el mariscal Lannes dió á todo el ejército orden de asaltar la ciudad. El tañido de la campana de la Torre-Nueva, hizo saber á los aragoneses el peligro inminente que corrían y todos se lanzaron precipitadamente á las brechas. En todas ellas se empeñó un fuego horrible de balas y de granadas.

Santa Engracia, la puerta del Carmen y el convento de Trinitarios, habían caido en poder de los franceses. Ocupaban terreno en el interior de la ciudad. Esto, que en cualquier otra plaza hubiera sido motivo de inmediata rendición, lejos de intimidar á los zaragozanos, azotaba su coraje y les daba nuevos bríos para proseguir luchando.

El duque de Montebello escribía al Emperador el día 28 de Enero: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza».

Había que conquistar casa por casa, piso por piso, habitación por habitación. Por los pasillos se luchaba cuerpo á cuerpo. (1)

Apenas aparecían los franceses por la embocadura de una calle, los cantos del arroyo amontonábanse como por un impulso geológico en cordilleras de barricadas, y todos se disputaban el honor de la defensa.

Aquí empieza la parte más interesante del segundo sitio. Hasta el momento en que los franceses penetraron en la ciudad, la defensa corrió á cargo de las tropas regulares. Pero internado el enemigo en la población, todos se lanzaron á la lucha.

Los choques y ataques sucedíanse constantemente; todo parecía agitado en aquel mar de sangre. ¡Quinientos muertos al día! sin gente que los enterrara, sin tumba que los recibiera.

Las pérdidas que sufrieron los franceses en todos estos combates, fueron también nu-

(1) Memoires du general Brandt.

merosas. El general Lacoste, jefe del Estado Mayor, figuraba entre los muertos. (1)

Al ver tanto desastre, comprendieron los franceses que los zaragozanos habían resuelto defenderse hasta perecer entre las ruinas. Convencidos al propio tiempo de que por el sistema que seguían, el ejército francés iba á ser aniquilado con dudosas probabilidades de éxito, recurrieron á la zapa, y comenzó la guerra subterránea.

«El soldado minador es admirable por la resignación y sangre fría con que afronta al mismo tiempo la fatiga y los peligros. Mientras que tranquilamente cava la tumba de los zapadores enemigos, sucédele á menudo que tan sólo le separa de ellos una muy delgada corteza de tierra: un débil ruido, un ligero movimiento, le indican que junto á él están trabajando sordamente para su destrucción. El ejército no se ha fijado en él para animar su valor y redoblar su energía; está solo, boca abajo, encogido en una posición penosa; alguna vez sucumbe falto del aire que nece-

(1) El general Lacoste fué ayudante de campo del Emperador; conde del Imperio (Junio 1808); gran técnico y muy valiente; ¡Triste circunstancia! habíase casado cinco días antes de incorporarse al ejército sitiador.

sita. En este estado, viviendo no más que á á medias, marcha al combate». (1)

«La experiencia—dice el coronel Rogniat—nos hizo conocer que las casas derribadas totalmente por las minas, eran en general un obstáculo á nuestros progresos, porque sus ruinas no proporcionaban el menor cubierto á las casas vecinas y no podíamos atravesar por estas ruinas sino con mucho trabajo y riesgo. Había que calcular la carga de los hornillos de manera que abriesen brecha sin derribar las casas».

«Este es un nuevo modo de tomar las plazas--escribe Daudevard--. Los ingenieros han tenido que abandonar la táctica ó sistema antiguo y discurrir nuevos métodos para atacar. Ha sido preciso hasta abrir por en medio de las ruinas, calles interiores para trasladar la artillería y municiones. Se tirotea sin cesar de un lado á otro; todas las extremidades y avenidas están pertrechadas con reductos de artillería».

El empleo de las minas aumentó espantosamente el horror de aquella lucha. Pero ante las leyes de la guerra no es censurable que los franceses usaran de este medio de comba-

(1) Memoires du general Barón de Lejeune.

te, pues aparte de que no era, reprobado por las costumbres militares de aquel tiempo, también los zaragozanos usaron de contraminas, aceptando bajo tierra este nuevo y terrible desafío.

Las minas y contraminas ponen fuera de combate de una vez á un gran número de hombres, pero como esto influye en que se abrevie la duración de la guerra, no se pueden desechar como prácticas contrarias al Derecho internacional.

VII. Ocupación del Arrabal y voladura de la Universidad

El día 2 de Febrero ocurrió un espectáculo sobremanera triste. (1) Habiendo caído una bomba en el almacén de utensilios, prendióse fuego al edificio. Acudieron los paisanos al lugar de la catástrofe y vieron con gran sorpresa que había allí almacenadas veinte mil camas, cuando miles de heridos morían en el suelo por falta de lechos donde albergarlos.

(1) Casamayor refiere este episodio como ocurrido el día 2. Según Alcaide ocurrió el día 3. D. Ramón Cadena menciona el suceso sin designar la fecha.

El pueblo clamó contra el administrador de utensilios D. Fernando Estallo, acusándole de traidor. A la mañana siguiente apareció ahorcado en el Coso con un cartel sobre el pecho donde se leía: «por asesino del género humano á causa de haber ocultado veinte mil camas». En opinión de Alcaide este honrado ciudadano fué víctima de una efervescencia popular que no pudo contenerse. Otros dos hombres que fueron sorprendidos llevando cartas al campo enemigo también fueron ahorcados por *espías*.

Después de porfiada resistencia la ocupación por los franceses de los conventos de San Agustín y Santa Mónica, Santa Engracia y Jerusalén, presagiaba un porvenir bien lúgubre.

Los generales franceses se daban cuenta de la situación apurada en que se encontraba la plaza y no querían arriesgar su tropa á los peligros de un asalto francamente preparado. Preferían cotizar entre las probabilidades de éxito la perseverancia en el cerco y la guerra subterránea.

Transcurrieron los días en continuas escaramuzas hasta el 18 de Febrero en que el ejército francés atacó decisivamente al Arrabal. Allí acudía el barón de Warsage en so-

ANVERSO

REVERSO

Medalla conmemorativa de la visita de Fernando VII á Zaragoza (6 de Abril de 1814) á su regreso de Francia.— *Anverso:* Ruinas de la antigua Universidad.—*Reverso:* Leyenda alusiva.

Monedas acuñadas en 1808 y 1809 con los bustos de José Napoleón y Fernando VII.

corro de los zaragozanos gravemente amenazados, y una bala de cañón le arrebató la vida cuando pasaba por el *puente de piedra*. En verdad, que era empresa bien ardua atravesar ese trecho sometido al horroroso fuego de las baterías enemigas.

Los soldados españoles que defendían el Arrabal, escasos en número y faltos de municiones, fueron completamente aniquilados. El ejército francés ocupó definitivamente el Arrabal y los sitiados tuvieron que retirarse abandonando su artillería y dejando en poder del enemigo gran número de prisioneros. (1)

Los franceses, al mismo tiempo que atacaban al Arrabal dieron fuego á los dos hornillos que tenían dispuestos de antemano con mil quinientas libras de pólvora cada uno, para hacer volar el edificio de la Universidad.

---

(1) Según Alcaide los prisioneros cogidos por los franceses en esta ocasión fueron 1.500. D. Ramón Cadena, en su manuscrito dá la cifra de 3.000. Grandmaisón en su estudio sobre «Los Sitios de Zaragoza» dice que según carta de Lannes al Emperador (11 Febrero 1809), los prisioneros fueron 3.000, habiendo entre ellos un general, siete coroneles y cerca de 200 oficiales, 17 cañones y cuatro banderas. Daudevard también dá como exacta la cifra de 3.000

La horrorosa explosión produjo dos grandes brechas. Por ellas se lanzaron al asalto las columnas francesas, y tras porfiada resistencia lograron conquistar el edificio alojándose y pertrechándose en él después de haberlo saqueado é incendiado en gran parte.

¡Desgracia grande para Zaragoza! Aquella gran biblioteca que encerraba tesoros de incalculable valor para Aragón, se derrumbó en un momento desecha por la pólvora francesa.

Nuestros valientes compatriotas miraban ya á los franceses cual si fueran legiones infernales. Y en verdad, que no es tan fácil calificar este episodio vandálico ante el Derecho internacional. Cierto, como dicen los autores franceses que el edificio de la Universidad era un punto de defensa para los zaragozanos y que por tanto no se vá á considerar á los franceses como enemigos de las letras solo porque demoliesen la Universidad á cañonazos, pero no es menos cierto que el ensañamiento conque procedieron al saquear ferozmente aquel edificio, sagrado siempre y mucho más en aquel tiempo en que la tradición y la cultura se respetaban tanto, agrava extraordinariamente este delito cometido contra la cultura en el orden internacional. ¡Nunca

se vió mayor desprecio de las letras por parte de las armas!

Los rápidos progresos conseguidos por los sitiadores en el interior de la ciudad, trocáronse para las zaragozanos en confusión y desorden. Advirtiéndolo así Palafox envió á su ayudante de campo Casellas con una carta para el duque de Montebello, recordándole su anterior propuesta y pidiéndole que suspendiese las operaciones por un plazo de tres días, con el fin de que algunos oficiales españoles pudieran salir de la ciudad para convencerse personalmente del estado en que se encontraban las tropas francesas, agregando que si llegase la capitulación, quedaría libre la guarnición para incorporarse á los ejércitos españoles.

Esta proposición contrarió grandemente al mariscal Lannes. Inmediatamente contestó en estos términos: «Trinchera abierta delante de Zaragoza el 19 de Febrero de 1809: General: Acabo de recibir vuestra carta en este momento. Me han exasperado sobremanera las proposiciones que me hacéis. Cuando un hombre de honor como yo dice una cosa debe mirarse su palabra como sagrada y os aseguro que jamás he faltado á ella. El rey José ha entrado en Madrid. Todas las ciudades le

han enviado diputaciones; así es que reina en España la más perfecta tranquilidad. Varios regimientos españoles han entrado al servicio del rey José Napoleón y las grandes naciones están coligadas para sostenerlo. Esta es, general, la pura verdad. Son bien conocidos de todo el mundo los sentimientos de la nación francesa para que pueda dudarse de su lealtad y generosidad. Estoy pronto á conceder un perdón general á todos los habitantes de Zaragoza y ofrezco que serán respetadas sus vidas y propiedades.—El duque de Montebello».

Todavía insistieron los sitiados en nuevo parlamento solicitando lo mismo y recordándoles que en Portugal habían tenido iguales condescendencias; pero Lannes que estaba bien convencido de la situación desesperada en que se encontraba la ciudad, desoyó las pretensiones del nuevo parlamentario arreciando en sus ataques con la mayor entereza.

VIII. Estado del ejército sitiador.—Situación de los sitiados

El invierno de 1808-1809 no se mostró riguroso. Fueron los rigores de aquella lucha lo que más atormentó á los sitiadores. (1)

Las provisiones disminuían. Los fuegos de sus vivaques se alimentaban quemando los muebles de las habitaciones saqueadas y las imágenes de madera que hallaban en las iglesias. Como antorchas empleaban los pergaminos é infolios que arrancaban de las bibliotecas; y para formar las tiendas de campaña aprovechaban también el fruto de sus saqueos, grandes cuadros, á veces maravillas del arte ¡qué importaba! las luminarias de la guerra eclipsaban el brillo de toda otra grandeza que no fuera el heroismo de aquellos combatientes.

Según el barón de Rogniat, distinguido militar que formaba parte del ejército sitiador, «las tropas imperiales comenzaban á desma-

(1) Consta en las estadísticas del Ministerio de la guerra francés que en 24 de Enero el ejército sitiador sumaba 26.130 hombres, cuya cifra desciende en 11 de Febrero á 21.825, de los cuales 13.439 eran enfermos.

yar. Aquellos sangrientos combates en que perdían lo más selecto de su oficialidad y los más valientes soldados sin hacer grandes progresos, producían la desesperación en todo el ejército».

En el interior de la ciudad, una terrible epidemia hacía estragos enormes entre los zaragozanos; (1) apoderados los franceses de todos los molinos, se hacía imposible moler el trigo para fabricar el pan; se habían acabado las legumbres y la carne; el hambre formaba concierto fúnebre con la metralla y la peste; la ciudad aparecía completamente aislada.

El encarnizamiento de la lucha había llegado ya á su grado máximo. En más de una ocasión pelearon franceses contra franceses, confundidos horrorosamente en la oscuridad de las habitaciones.

En los dos bandos beligerantes se llegaba con igual valor hasta el sacrificio. Las columnas francesas caían como en alud sobre las barricadas fieramente defendidas por los zaragozanos.

Pero la disciplina y el entusiasmo de los si-

(1) El general Rogniat al describir la entrada de los franceses en la ciudad, dice: «un *tifo* contagioso había ocasionado los mayores desastres». Otros cronistas hablan de *calenturas epidémicas*.

tiados comenzaron á flaquear. Aquel modo de luchar traspasaba los límites de lo humano.

A consecuencia de las privaciones y fatigas, un destacamento de cuarenta soldados suizos al servicio de España, desertó de las filas del ejército sitiado en la noche del 10 al 11 de Febrero. Sin necesidad de otra estratagema se enteraron los franceses por los desertores de la desesperada situación en que se hallaba la plaza, lo cual les impulsó á renovar sus ataques con la mayor energía.

Cerníase la advesidad sobre Zaragoza. El general Palafox, víctima de la terrible epidemia que infestaba á la ciudad, dueños los franceses de ventajosas posiciones en el interior de la misma, escaseando la pólvora, las subsistencias casi agotadas, desechos los zaragozanos de fatiga, la situación se hacía insostenible.

Extraordinariamente agravado en su enfermedad el general Palafox, hasta el punto de habérsele administrado la Extrema-Unción, tendido en su lecho de enfermo se decidió por designar una junta que le sustituyera en el mando. (1)

(1) Alcaide en su «Historia de los Sitios», tomo II, página 212, copia una lista muy larga en la que figuran los nombres y apellidos de todas las personas que formaron la Junta.

IX. La capitulación de Zaragoza

Reunióse la Junta de defensa, bajo la presidencia de D. Pedro María Ric en la noche del 19 de Febrero. Los jefes militares convocados al efecto, hicieron presente que los medios de defensa habíanse agotado. Algunos jefes del paisanaje opinaron que debía continuar la resistencia hasta perecer todos bajo las ruinas. «Aunque este partido no era el más numeroso era el que más vociferaba». (1)

Se había realizado cuanto exigían las leyes del honor. La Ordenanza de 1801 prevenía que «cuando el enemigo se haya llegado á establecer sobre la brecha, si el gobernador de la plaza cree exceder los límites de una defensa honrosa y elevarla á la clase de heróica defendiendo las calles y las casas, se hará acreedor al reconocimiento del gobierno».

Pero los zaragozanos, aún comprendiendo que su ruina era inevitable, no consideraban satisfecho su honor al recordar que estaban

(1) Los dos sitios de Zaragoza por el teniente coronel de Ingenieros, D. Manuel Caballero.

juramentados para morir entre los escombros si fuese necesario.

Apenas quedaba en pie la tercera parte de los combatientes, y estos escuálidos y extenuados por tan inusitado guerrear. En semejante premura no había otro remedio que rendirse ante la evidencia de aquellas circunstancias tan fatales.

Serían las cuatro de la tarde del día 20 de Febrero, cuando se dió la orden de alto el fuego en uno y otro bando.

El duque de Montebello envió á su ayudante el capitán Saint-Marc para que conferenciase con la Junta Suprema de Gobierno. El parlamentario, que entraba por segunda vez en la ciudad, hallábase cumpliendo con su misión en el nuevo alojamiento de Palafox, cerca de la cárcel de Predicadores, cuando el ruido de una terrible explosión irritó los ánimos de la multitud. Los patriotas, que atribuyeron el hecho á una traición, disponíanse á vengar tan inicuo proceder en la persona del parlamentario; pero varios oficiales españoles que salieron á su defensa, prometieron el sacrificio de sus vidas, antes que consentir semejante violación del derecho de gentes en la persona de un hombre indefenso. Pronto se supo la causa de la explosión: la orden de

suspender los trabajos no había llegado á un grupo de soldados franceses que trabajaban en una mina. La explicación calmó los ánimos y se convino al fin que una comisión de la Junta de Gobierno, celebrase una entrevista con el general en jefe del ejército francés.

Efectivamente, al anochecer de aquel mismo día, los delegados de Zaragoza se dirigían al cuartel general enemigo, encontrando al mariscal en la *Casa Blanca*. El duque de Montebello compareció inmediatamente, y en lacónico discurso culpó á los aragoneses, por su terquedad, de tanta desolación. Después de alguna discusión entre los delegados y el mariscal, hizo éste pasar ante los ojos de los comisionados, el plano de las minas que tenía preparadas para volar inmediatamente la línea del Coso. Al ver entonces tan de cerca su situación desesperada, sin provisiones de boca, sin municiones de guerra, sin esperanzas de salvación por ninguna parte, convinieron los delegados en la capitulación que dictó Lannes, y cuyo texto íntegro copiamos á continuación por ser del mayor interés para el Derecho Internacional.

«Artículo 1.° La guarnición de Zaragoza saldrá mañana 21 al medio día, de la ciudad,

con sus armas, por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de dicha puerta.

Art. 2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas, harán juramento de fidelidad á S. M. católica el rey José Napoleón primero.

Art. 3.° Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad, quedarán en libertad de entrar al servicio y en defensa de S. M. católica.

Art. 4.° Los que de entre ellos no quisieren entrar en el servicio, irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas puestas en la puerta del Portillo, el 21 al medio día.

Art. 6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del emperador y rey.

Art. 7.° La religión y sus ministros serán respetados, y serán puestos centinelas en las puertas de los templos.

Art. 8.° Las tropas francesas ocuparán mañana al medio día, todas las puertas de la ciudad, el Castillo y el Coso.

Art. 9.° Toda la artillería y las municio-

nes de toda especie, serán puestas en poder de las tropas de S. M. el emperador y rey, mañana al medio día.

Art. 10. Todas las cajas militares y civiles, (es decir, las tesorerías y cajas de regimiento), serán puestas á disposición de S. M. C. Todas las administraciones civiles, y toda especie de empleados, harán juramento de fidelidad á S. M. C.

Art. 11. La justicia se distribuirá del mismo modo, y se hará en nombre de S. M. C. el rey José Napoleón primero. Cuartel general delante de Zaragoza á 20 de Febrero de 1809».

El mariscal Lannes y los individuos de la Junta firmaron el documento. Pero los comisionados que habían ido al cuartel general del ejército francés, no se atrevieron á entrar en la ciudad después de la conferencia y se refugiaron en el castillo de la Aljafería. Cuál sería el ánimo de los zaragozanos y la impresión que á los franceses produjo tanto heroismo, que el mariscal Lannes ofició al general Lavall gobernador de la plaza notificándole solamente que había concedido un perdón general á los habitantes de Zaragoza ofreciendo respetar sus vidas y propiedades. Por eso se publicaron en la *Gaceta* extraordinaria de Zaragoza del 26 de Febrero,

los once artículos citados con la fecha del 20 y sin ninguna firma al pie, con el fin quizá de desvanecer en lo posible la idea de capitulación que tanto atormentaba á los zaragozanos.

Francia había puesto por fin el pie sobre la ciudad. Más de 50.000 cadáveres hacinados en su mayoría por las calles, en los pórticos de las iglesias, en los portales de las casas, en los sótanos, en las trincheras, infestaban el ambiente de un hedor insoportable. Al ver tanto desastre, el ejército imperial más bien que vencedor se debió considerar sepulturero de aquellos heróicos habitantes. Dice bien D. Tomás Ximénez Embún: la lucha sostenida por nuestra ciudad, si bien inició la ruina de Napoleón consumó desde luego la ruina de Zaragoza.

Aquello no se puede llamar capitulación. El desfallecimiento de los que supervivieron reflejaba el más completo agotamiento material de fuerzas á pesar de lo cual todos parecían exclamar con la mayor entereza: *destrucción, sí; rendición, no.* Y en verdad, que la cremación de un pueblo no se puede equiparar á la rendición de una plaza.

X. Juicio crítico sobre la capitulación de Zaragoza

Punto de la mayor trascendencia para el Derecho internacional es el juicio crítico acerca de la capitulación de Zaragoza.

Es evidente que en todos los tiempos y en todos los pueblos se deben firmar las capitulaciones con objeto de cumplirse. Pero la historia demuestra con no menos evidencia, que lejos de ocurrir esto, en no pocas ocasiones la fuerza suprema de la ley se convirtió por arte de la ambición en ley suprema de la fuerza. Veamos, pues, si la capitulación de Zaragoza se cumplió en todas sus partes.

Los que tan ardientemente supieron defender su independencia no podían renegar de sus propios ideales pasándose al bando enemigo. La guarnición de Zaragoza quedó prisionera de guerra.

Sería el mediodía del 21 de Febrero cuando los batallones franceses formaban á lo largo del paseo del Ebro y en las llanadas contiguas al castillo de la Aljafería. La escasa guarnición española formada por soldados cadavéricos, desfiló por la puerta del Portillo y

entregó las armas en las afueras de la ciudad. (1)

Los abusos que cometieron los franceses con los prisioneros españoles, son dignos de anotarse. Según refiere el coronel Marín, las fuerzas encargadas de la conducción á Francia de los prisioneros españoles, fusilaron en el camino á más de doscientos cincuenta, que recién salidos de los hospitales no podían soportar las fatigas de la marcha.

El general Villava, ratificando esta afirmación, dice: «Apenas llegaron nuestras tropas á la Casa Blanca, empezó el robo de caballos y equipajes; y habiéndose quejado al general Morlot, que las conducía, respondió que habían sido entregados á discreción, y por consiguiente, nada podían reclamar.»

Aun cuando el teniente coronel D. Manuel Caballero dice que el ejército francés apreció los esfuerzos de la guarnición y que el general Morlot obsequió á algunos jefes con una comida, dando orden para que les devolviesen los caballos que les habían quitado los

(1) Según Alcaide (op. cit. tomo II, pág. 221), el número de prisioneros ascendía de diez á doce mil hombres. En carta de Lannes al Emperador (21 Febrero 1809), se afirma que fueron los prisioneros 8.000 infantes y 2.000 jinetes.

soldados franceses, la creencia general concede á los anteriores testimonios, un fondo de exactitud.

Pero en aquel fúnebre desfile se notaba la falta de algunos. El general Palafox encontrábase gravísimo; prisionero de Estado, por orden del Emperador se le despojó de su espada. (1) A pesar de su estado, el coronel Plique le intimó para que firmase, no solamente la capitulación, sino también la orden de someterse toda la región aragonesa. (2) ¡De este modo se cumplía lo estipulado! Cuando estuvo Palafox un poco mejorado, se le condujo á Vincennes, y allí estuvo prisionero hasta el año 1814.

En segundo término, la religión, la vida y las propiedades, se respetarían, decía, lo convenido. Pues bien, no es aventurado el afirmar que no se respetaron las vidas, ni se

---

(1) El duque de Alburquerque, español y pariente de Palafox, que servía en el ejército francés como ayudante de campo del mariscal Lannes, fué el encargado de pedirle la espada. Algunas diferencias habidas con Godoy, fueron causa de que se pasara al ejército enemigo.—Marbot, Memoires II, pág. 58.

(2) Historia de la Guerra de la Independencia por el general Gómez Arteche, tomo IV. pág. 511.

respetaron las propiedades, ni se respetó la religión.

El padre Boggiero y el presbítero Sas que tan bizarramente se habían comportado, precisamente por esto fueron brutalmente asesinados, sin formación de proceso, por una patrulla de soldados franceses. (1)

La muerte de estos dos héroes ocurrió inmediatamente después de entrar en Zaragoza las tropas francesas. Esto y el haberse ejecutado en presencia de escaso número de personas hizo que en un principio no se supiera con certeza la verdad de lo ocurrido. Pero modernas investigaciones hàn venido á probar con claridad que después de asesinados fueron arrojados sus cadáveres al Ebro.

El juicio de este episodio debe hacerlo el adversario para que no parezca apasionado. «Esta venganza—dice Daudevard—fué tanto más horrorosa cuanto se había ofrecido por la capitulación respetar indistintamente las personas y sus opiniones». (2) ¡Así se res-

---

(1) Carta de Lannes al Emperador, 26 Febrero 1809. En la nota 20, tomo II, pág. 344, transcribe Alcaide (op. cit.) opiniones análogas de Daudevard y del coronel Marín.

(2) Carta de 30 de Febrero de 1809.

petaban las vidas! ¡Así se respetaba la religión en la persona de sus ministros!

Todavía hay más. A pesar de las órdenes rigurosas que dieron los oficiales franceses, más de cuatro soldados se entregaron al pillaje. Difícil es evitar los latrocinios de esa hambrienta cola que sigue á los ejércitos; pero es absurdo suponer que semejantes latrocinios puedan ser cometidos por los propios generales que debieran dar ejemplo, y esto ocurrió en Zaragoza, según vamos á probar.

XI. El tesoro del Pilar

El mariscal Lannes, después de firmada la capitulación, cometió la osadía de exigir una fuerte indemnización de guerra. Sobre este punto dan claro testimonio las actas de las sesiones celebradas entonces por el Cabildo Metropolitano. Sin embargo, no hay comentario más elocuente que la carta lacónica pero sabrosa que dirigió Mr. Michaux, jefe de la ordenación de pagos del ejército francés á Mr. Deniée, intendente general del mismo ejército. Dice así: «Zaragoza 15 de Mayo de 1809. No puedo ocultaros por más tiempo un detalle que os interesa mucho sa-

ber. Tan pronto Zaragoza fué tomada, se mandó llamar á varias de las más distinguidas personas de la ciudad, entre ellas á don Mariano Domínguez, intendente de Aragón, de quien el duque de Abrantes y yo, hemos adquirido las referencias que siguen: Se comenzó por suponer que la costumbre era ya desde antiguo, presentar ofrendas á los vencedores. Lo exigido fué 800.000 pesos fuertes. Los españoles, no sabiendo de dónde sacar una cantidad tan respetable, exigida en plazo brevísimo, se vieron en la precisión de ofrecer como pago los tesoros de Nuestra Señora del Pilar, lo que se aceptó. Las alhajas y otros objetos preciosos fueron llevados á casa del gobernador de la ciudad, y enseguida remitidos al duque de Montebello. Los duques de Trevise y de Abrantes, que no habían dado su consentimiento para tal petición, rehusaron su parte. Parece probable que los otros aceptaron. Se calcula en un millón de pesetas próximamente el verdadero valor de aquellas joyas. He aquí los detalles de un acto que no puede menos de vituperar S. M., y con pena me veo obligado á daros cuenta de él, ante el temor de que podáis pensar que yo he intervenido en alguna cosa. Someto á vuestra prudencia el cuidado

de que reservéis lo que no creyereis prudente dar á la publicidad». (1)

Así se expresaban los mismos franceses. No cabe, por tanto, mayor violación del Derecho internacional, ni mayor atropello de las cosas sagradas. Hasta el maravilloso Pilar, símbolo de Zaragoza, bandera de Aragón y síntesis de España, llegó la profanación de las huestes imperiales.

XII. El Derecho internacional en la época de los Sitios

El Derecho internacional, ciencia naciente en la actualidad, era naturalmente más rudimentario todavía al comenzar el siglo XIX.

No son pocos los que en plena generación novecentista han exclamado con amargo expecticismo. ¿Pero existe el Derecho internacional? (2) ¿Con cuánta más razón se podría

(1) Esta carta fué publicada por Grandmaisón en su estudio sobre «Los Sitios de Zaragoza». Traducción de Laborda.

(2) D. Antonio Royo Villanòva, en la lección universitaria que publicó (1905), sobre «Cervantes y el derecho de gentes», termina su estudio con esa irónica interrogación.

dudar de la sustantividad de esa disciplina en los tiempos de Napoleón, herederos legítimos de la Revolución francesa?

Hallábanse los pueblos á merced de la conquista. La rapacidad de los pretores romanos resurgía con todas sus negruras. Aquella atracción y repulsión de las fuerzas sociales, aquel flujo y reflujo de las pasiones políticas no era ambiente á propósito para el cultivo del Derecho internacional. La temperatura de la guerra era demasiado alta para fraguar monarquías con caracteres de estabilidad. Esta fué la causa de que fracasaran al fin los intentos de Napoleón en la guerra de la Independencia española, que por otra parte se ha considerado justamente como una negación completa del Derecho internacional. Y no se diga que tantos y tan grandes excesos cometidos por las huestes invasoras se pueden justificar, ni siquiera atenuar sacando á relucir una vez más el abusivo estribillo «es carácter de aquel tiempo: son costumbres de la época». No. Aunque pocas, se habían publicado algunas obras doctrinales de extraordinaria importancia sobre Derecho internacional. El eximio Suárez (1548-1617) había vislumbrado ya el verdadero concepto de la Sociedad internacional como base para

el Derecho de gentes positivo. (1) Con tendencias distintas había desarrollado Grocio su doctrina sobre el Derecho de gentes basándolo en el consentimiento de las naciones, otorgado por consideraciones de recíproca utilidad. (2) Wolff adelantándose á su tiempo había elevado á la categoría de *civitas gentium máxima* ó Estado superior internacional la sociedad ó comunidad de las naciones. (3)

Muchos eran los tratados internacionales que se habían celebrado sentando jurisprudencia digna de tenerse en cuenta como enseñanza para lo sucesivo. Y sobre todo, independientemente del estado del Derecho internacional, entonces lo mismo que ahora y en todos los tiempos se conocían ciertos principios de justicia internacional, inmutables y fundamentales, autorizadamente sostenidos por los filósofos, los moralistas y los teólogos. Un filósofo posterior á la época de los Sitios pero retratando admirablemente la fisonomía de aquel tiempo, el gran Balmes, la perla de la Filosofía del siglo XIX, exclama elocuentemente: «No, no es verdadera esa teoría de-

(1) De legibus ac Deo legislatore.
(2) Jure belli ac pacis.
(3) Institutionis juris naturæ et gentium.

gradante que decide de la legitimidad del poder por el resultado de la usurpación, esa teoría que á un pueblo sojuzgado por cualquier usurpador le dice: obedece á tu tirano, sus derechos se fundan en su fuerza, tu obligación en tu flaqueza. No es verdadera esa doctrina que borraría de nuestra historia una de sus más hermosas páginas, cuando levantándose el pueblo español contra las intrusas autoridades de Napoleón luchó por espacio de seis años en pro de la independencia y venció por fin al vencedor de Europa.» (1) Las leyes de la guerra, las reglas del honor militar, los principios humanitarios del derecho de gentes tienen su último fundamento en la ley natural, perfectamente estudiada hasta entonces, desde esos puntos de vista por Suárez, Wolff y algunos otros. Por consiguiente, no hay excusa posible para las graves y numerosas iniquidades que cometieron los ejércitos imperiales durante los Sitios de Zaragoza y en general durante la guerra de la Independencia.

---

(1) Balmes: El Protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea. Tomo IV. Pág. 24.

XIII. Dos reyes para un solo reino

Antes de que apareciera el régimen constitucional, eran sujeto de las relaciones internacionales no precisamente los pueblos, como ocurre hoy, sino los reyes absolutos, dueños por herencia de sus reinos y ganosos de ensancharlos. Por eso las relaciones internacionales eran privadas, recelosas, hostiles. (1) De aquí que los pueblos en muchas ocasiones no se dieran cuenta de la verdadera situación en que se hallaban dentro del concierto ó *desconcierto internacional,* porque tal fué la consecuencia fundamental de las guerras napoleónicas: destruír el equilibrio europeo mantenido anteriormente, gracias á diferentes tratados (los de Westfallia y Utrecht principalmente), enzarzando á toda Europa en una lucha caprichosa y estéril, que terminó con la caída de Napoleón y el Congreso de Viena, que en cierto modo restableció el an-

(1) Puede servir de ejemplo el tratado de Fontaineblau el más vergonzoso que ha manchado los anales diplomáticos, como afirma de Pradt. El texto del tratado termina así: «El presente tratado quedará secreto, etc.»

tiguo equilibrio en el orden internacional.

El principio de las fronteras naturales ideado por Napoleón, no le detuvo aquende los Pirineos (frontera natural de España y Francia). Aspiraba el coloso á la legitimación jurídica de sus conquistas, afirmando que si el país conquistado no protestaba *rechazando la invasión*, la ocupación militar era legítima, porque el *tirano*, esto es, el monarca destronado no tenía derecho alguno que alegar desde el momento en que la soberanía nacional encarnaba en el pueblo.

¡Notable antinomia! Los revolucionarios franceses que tanto declamaron en favor del sufragio universal, no tenían el menor inconveniente en pisotear la voluntad general de una nación invadida cuando les era contraria. ¿Qué importaba entonces la voluntad de toda una nación, el plebiscito unánime de un pueblo? Por eso afirma Lorimer que Francia, á través de la Historia, es una muestra de intolerancia en la Sociedad internacional. (1)

José I, aquel rey que llamaba el vulgo en el colmo de su indignación (personalmente in-

(1) Apuntes sobre la Historia del Derecho internacional por D. Joaquín Fernández Prida.

justificada) *Pepe Botella* era por fin el señor de Zaragoza; mejor fuera decir que aquel soberano intruso, aquél monarca impopular cual ninguno, habíase enseñoreado al fin sobre un «vasto y horrible osario» que costó la vida de extraordinario número de combatientes. (1)

La situación política de España era verdaderamente rara. ¡Dos reyes para un solo reino! De una parte José I gobernando ilegítimamente al amparo de una constitución extranjera. (2) De otra parte, el que Fernando VII se hallara prisionero fuera de la nación, no era obstáculo para que los jefes españoles, fieles á su rey, continuaran invocando su Real Nombre para todos los actos de gobierno.

Por otra parte, los ejércitos ingleses apoyaban materialmente el esfuerzo de España y Portugal, aunque por motivos diferentes, perfectamente deslindados en la contestación que la Gran Bretaña dió á Napoleón, cuando se dirigió éste al Rey Jorge invitándole á una reconciliación. Inglaterra contestó que no po-

(1) Historia militar de España por D. Cándido Varona y Olarte, comandante de infantería. Cap. XV.

(2) Constitución de Bayona de 1808 producto de la Asamblea que llamó Napoleón de «Notables españoles.»

día dar paso ninguno en el camino de la paz, en tanto no se admitiera á las negociaciones á sus aliados que eran no sólo los reyes de Suecia, Nápoles y Portugal, sino también los insurrectos españoles. La Gran Bretaña—decía Canning—no está ligada aún á España por ningún tratado formal, pero sí por compromisos que son sagrados á sus ojos.

Por último, refiriéndonos especialmente á Zaragoza, el general Palafox gobernaba la ciudad usando de facultades omnímodas, ejerciendo un poder civil y militar verdaderamente extraordinario. Los sentenciados á las últimas penas—decía Palafox—que vengan á mí; y á la vista del caso ó los indultaba ó confirmaba la sentencia; luego el general Palafox ejercía la regia prerrogativa de indulto; es decir, usaba de atribuciones que de ordinario competen exclusivamente al rey.

Cuando los ejércitos franceses se posesionaron de Zaragoza, los delegados de José I reemplazaron á Palafox en el gobierno. Así permaneció la capital de Aragón desde el 21 de Febrero de 1809 hasta el 9 de Julio de 1813 á las once de la noche, hora en que los ejércitos franceses evacuaron definitivamente la ciudad.

XIV. Significación sintética de los Sitios ante el Derecho internacional

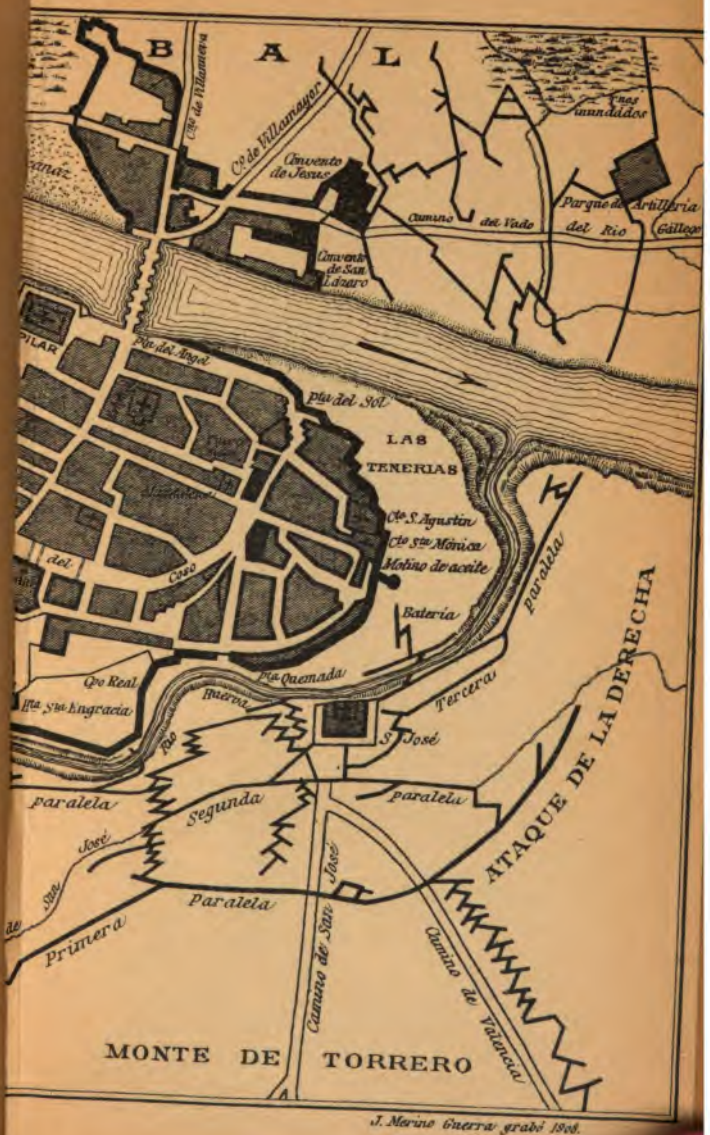
El primer centenario de los heróicos sitios de Zaragoza es una obra de pacificación y de fraternidad internacionales.

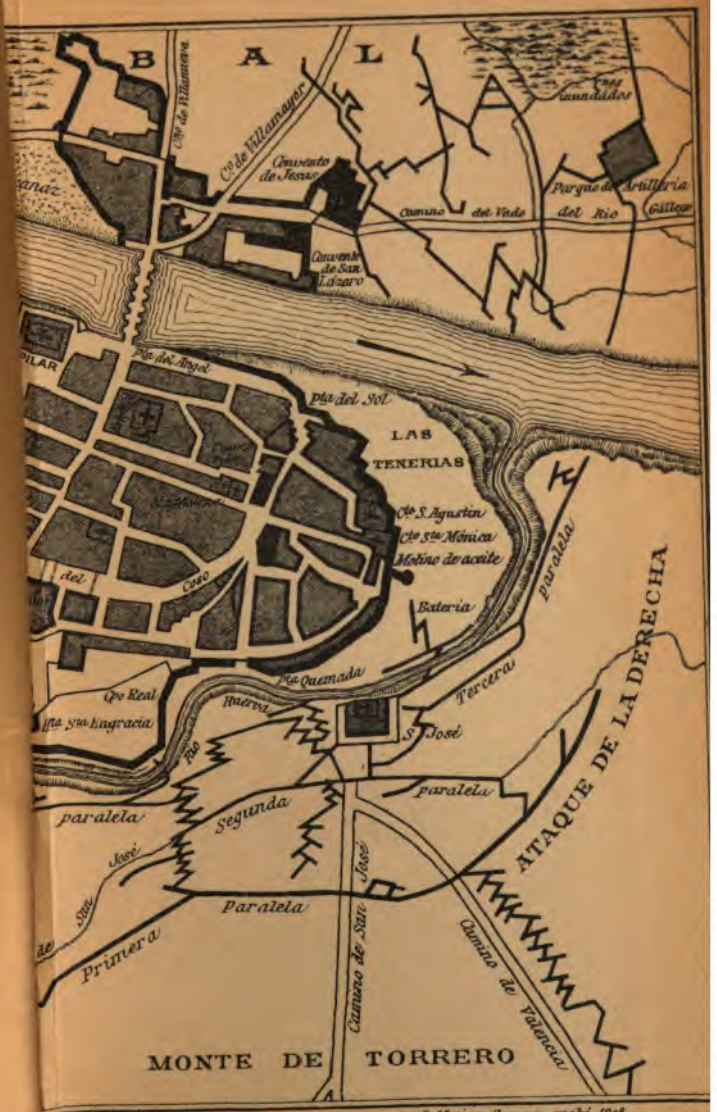
Las peregrinaciones de todas clases y de toda Europa reunidas aquí precisamente en el lugar que fué campo de Marte, serán en todo tiempo demostración elocuente de que el odio de los combatientes se disipó como el humo de la pólvora y en su lugar resplandece la era de la paz y del trabajo en todo su apogeo.

El pueblo español, en fin de cuentas, no puede sentir odio alguno contra el pueblo francés por el recuerdo de aquellas luchas en que tanto valor demostraron los unos como los otros, en que los mismos franceses fueron hermanos nuestros en la desgracia común, pues con razón se ha dicho que «la guerra de la Independencia no fué la guerra de un pueblo contra otro pueblo, sino que fué una guerra entre un conquistador desenfrenado y una corte desdichada y caduca». Sea como quiera, los Sitios de Zaragoza que compara Thiers

acertadamente con los Sitios de Sagunto y de Numancia, superan si posible fuera superar en martirios y heroicidades á las ciudades antiguas por una circunstancia; porque Zaragoza, como dice Tomeo además de hallarse frente á frente con el capitán del siglo XIX, que bien podía pasar por un Scipión ó un Aníbal, Zaragoza se hallaba oreada por el aliento del Cristianismo. No era por lo tanto un pueblo gentil á quien su fanatismo podía hacer inmortal. Era el Sentido Común que se alzaba fieramente contra la opresión de un hombre inverecundo cuya política odiosa en pleno siglo XIX «aspiraba á encadenar á la humanidad y á fundar una monarquía universal bajo cuya corona se viese brillar una omnipotente democracia.» Era en fin, el Espíritu moderno que se revolvía airadamente contra las teorías rancias de conquista.

FIN


B A L
Cno de Villanueva
Co de Villamayor
Convento de Jesus
Convento de San Lázaro
Camino del Vado
Parque de Artillería del Rio Gállego
PILAR
Pta del Angel
Pta del Sol
LAS TENERIAS
Cto S. Agustin
Cto Sta Mónica
Molino de aceite
Batería
Paralela
Tercera
Pta Quemada
Cpo Real
Hta Sta Engracia
Huerva
Rio
S. José
Paralela
Segunda
Paralela
ATAQUE DE LA DERECHA
Paralela
Primera
Camino de San José
Camino de Valencia
MONTE DE TORRERO
J. Merino Guerra grabó 1908.


B A L
Cº de Villanueva
Cº de Villamayor
Convento de Jesus
Camino del Vado
Parque de Artilleria
del Rio
Gallego
Convento de San Lázaro
PILAR
Pta del Angel
Pta del Sol
LAS TENERIAS
Cto S. Agustin
Cto Sta Mónica
Molino de aceite
Bateria
Pta Quemada
Cpo Real
Hta Sta Engracia
Tercera
paralela
S. José
paralela
Segunda
paralela
Primera
Paralela
Camino de San José
Camino de Valencia
ATAQUE DE LA DERECHA
MONTE DE TORRERO
J. Merino Guerra grabó 1908.

NOTAS SOBRE EL PLANO ADJUNTO

I.—Sin otro objeto que proporcionar gráficamente una idea general del estado en que se hallaba Zaragoza en la época de sus memorables Sitios, el plano adjunto ha sido trazado teniendo á la vista y procurando reproducir en lo esencial, los planos siguientes:

El plano de Zaragoza durante los Sitios de 1808 y 1809 que acompaña á la obra de D. Agustín Alcaide Ibieca.

Los planos de los dos Sitios editados por «The Oxford Geogl. Institute» adjuntos á la «History of the peninsular war» por Charles Oman.

Y el «Atlas de las batallas más célebres» por el capitán de artillería D. Mariano Pérez de Castro. Tomo III, lámina 37.

II.—En el plano adjunto se advierte que las partes más ennegrecidas son los edificios ocupados por los franceses en el segundo Sitio antes de la capitulación. Entiéndase esta advertencia, independientemente de la raya gruesa que representa los muros que circundaban la ciudad.

III.—Aunque el proverbial buen sentido del lector hubiera subsanado la errata, es preferible advertirla: El camino que partiendo del Reducto del Pilar y siguiendo paralelamente al Río Huerva, se rotula en el plano «Camino de Madrid», debe llamarse «Camino de Torrero».

INDICE

Páginas

Primer Sitio

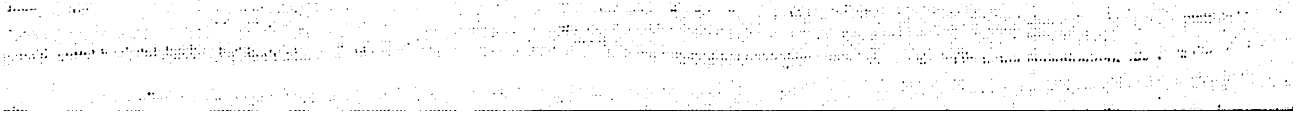
I. Ideas preliminares 11
II. Opinión que los franceses tenían de Zaragoza 13
III. Carácter internacional del ejército sitiador 15
IV. Carácter internacional de las fuerzas sitiadas 18
V. Situación de la ciudad á los efectos del Derecho de guerra 24
VI. La batalla de las Eras 28
VII. Conducta que siguieron los franceses con los edificios religiosos 31
VIII. Intimación del general Lefèbre 35
IX. La batalla de Epila 38
X. Estratagemas de que hicieron uso sitiadores y sitiados 43
XI. Voladura del Seminario 48
XII. El 1.º de Julio. Intervención de las mujeres en la defensa 49
XIII. Comportamiento de los soldados extranjeros 53
Los soldados suizos 54
Los soldados portugueses 55
XIV. Bombardeo del Hospital 59
XV. Asalto del día 4 de Agosto. 61
XVI. El clero durante los sitios 65

Páginas

XVII. Los prisioneros 68
XVIII. Levantamiento del primer sitio. Su trascendencia internacional 72

Segundo Sitio

I. Opinión que los zaragozanos tenían de los franceses 76
II. El cuerpo de Almogávares y el ejército de paisanos 79
III. Ataque al Arrabal 82
IV. Proclama de Palafox dirigida al ejército francés 85
V. Intimación de Lannes 88
VI. La guerra subterránea 91
VII. Ocupación del Arrabal y voladura de la Universidad 95
VIII. Estado del ejército sitiador. Situación de los sitiados 101
IX. La capitulación de Zaragoza 104
X. Juicio crítico sobre la capitulación de Zaragoza 110
XI. El tesoro del Pilar 114
XII. El Derecho internacional en la época de los Sitios. 116
XIII. Dos reyes para un solo reino 120
XIV. Significación sintética de los sitios ante el Derecho internacional 124



24 June 1927

HARVARD LAW LIBRARY

FROM THE LIBRARY
OF
RAMON DE DALMAU Y DE OLIVART
MARQUÉS DE OLIVART

RECEIVED DECEMBER 31, 1911